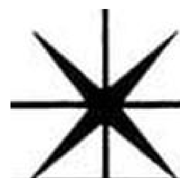


ESPACIO — EL MUNDO FUTURO

carlo di pietro

EXTERMINIO TOTAL

CARLO DI PIETRO

EXTERMINIO TOTAL

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53

Barcelona

Dr. Julián, Álvarez, 151

Buenos Aires

Dep. Legal. B. 5-246-70

Printed in Spain - Impreso en España

Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - BARCELONA

Prólogo

JULIO de 1982.

La explosión de júbilo mundial que un día, de un lejano julio de trece años atrás, causaron los astronautas americanos Armstrong y Aldrin al pisar por primera vez en la prolija historia de la humanidad la superficie de la Luna, en el transcurso de los años venideros, había ido perdiendo el inusitado interés que despertó, por aquel entonces, la increíble hazaña y cuya consecución, antaño, solo había constituido un quimérico sueño.

En su consecuencia, y por no ser ya una novedad apasionante, los viajes espaciales por el Cosmos no eran tema de actualidad y se habían convertido en rutinarios para la mayor parte de los hombres, de tal modo que únicamente despertaban la atención de los interesados en tales cuestiones y de los eruditos, cuya finalidad era ampliar y corregir los detalles astronómicos y geográficos que del sistema solar se poseían.

También dejaron de acaparar grandes espacios en los programas de la televisión tridimensional y de aparecer como titulares emocionantes en las primeras páginas de periódicos y revistas. Las gentes se habían acostumbrado a ellos y, en la época que corría, solo formaban parte de la evolución de la vida y del progreso. Ahora, estaban pendientes de tales exploraciones, exclusivamente, los centros de planificación y, de manera especial, los familiares de los tripulantes de las astronaves autónomas y todos aquellos más o menos allegados a la pléyade de científicos, astrónomos, especialistas en las distintas ramas del saber y miembros del ejército

que ocupaban las bases establecidas, tras largos años de titánicos esfuerzos económicos, científicos y humanos, en el satélite en el cual la colocación de la primera bandera causó tanto entusiasmo a todos los habitantes de la Tierra sin distinción de razas, religiones y nacionalidades.

* * *

Septiembre de 1982.

El deportivo suspomóvil de dos plazas paró su marcha al llegar a un tranquilo lago de aguas cristalinas, alimentado constantemente por una pequeña catarata de no más de siete metros de altura. Al cesar la fuerza propulsora de los chorros verticales de aire que lo hacían separarse de todo terreno cuarenta centímetros, descendió lentamente hasta posarse suavemente en el suelo.

Inmediatamente, bajó de la última creación de automóvil terrestre un joven espigado, de morena tez y cabello castaño, vestido únicamente con un simple pantalón corto, de fibra sintética, muy por encima de las rodillas. Se acercó al borde del lago, contempló largamente la transparencia y, de súbito, se lanzó de cabeza al agua.

Se entretuvo nadando mucho rato disfrutando de la agradable frigidez del baño en aquellos finales de verano hasta que, debido a la oblicuidad de los rayos del sol, le pareció vislumbrar una oquedad detrás de la cascada. Con rápidas brazadas se aproximó a la burbujeante catarata y comprobó que, efectivamente, no se había engañado: el salto de agua ocultaba la entrada de una gruta.

Mientras las aguas caían con fuerza sobre su cabeza tomó la decisión; se agarró a los salientes de las rocas y, tras prolongado intento pudo, por fin, atravesar la cascada, viendo con asombro, pese a la casi completa oscuridad, que se hallaba en una espaciosa gruta.

El afamado biólogo Ted Trombidge, no obstante haber cumplido los treinta años de edad y haberse dedicado desde el inicio de su juventud al estudio que tanto le apasionaba, muchas veces se comportaba como un mozalbete y, en aquella ocasión, llevado por una curiosidad casi infantil, monologó en voz alta:

«Voy a explorar esta cueva.»

Seguidamente, se acercó al borde de la gruta y de un ágil salto

se zambulló a varios metros del rompiente de la cascada, nadando vigorosamente hasta llegar a la orilla.

Una vez fuera del agua, se encaminó hacia el automóvil y, tras inspeccionar el departamento destinado a las herramientas, cogió una linterna de las llamadas de duración indefinida y la colocó en uno de los bolsillos de su corto pantalón. Después, se lanzó de nuevo a las tranquilas aguas del pequeño lago natural y penetró en la cueva objeto de su curiosidad.

Iluminándose con el potente haz de luz emitido por la pila, estuvo absorto en la contemplación de la grandiosa gruta, la cual le pareció no tener fin, pues al enfocar los rayos sobre un ancho túnel natural situado en el extremo perdieron la intensidad sin haber podido ver ninguna pared rocosa que le diera término.

Avanzó unos pasos hacia el interior del ascendente túnel y, de pronto, quedó parado: a unos ocho metros de distancia la luz de la linterna iluminaba un macabro espectáculo. Tumbado en el suelo y doblado por la mitad del cuerpo, estaban los restos de un esqueleto humano.

—¡Cáspita! —exclamó entre sorprendido e impresionado.

Continuó caminando hasta llegar junto a los despojos y los observó atentamente. Por la posición, dedujo que el hombre debió de haber hallado la muerte estando sentado con la espalda apoyada en la pared, cayendo hacia un lado en el momento de expirar.

Un corroído cinturón, que debió de haber llevado el desdichado que allí había hallado la muerte atrajo la atención de Ted; lo enfocó largo rato con la pila. Los restos del cinto canana todavía contenían en sus presillas enmohecidos cartuchos y en la funda había un antiguo revólver de grueso calibre completamente oxidado.

—¡Cáspita! —monologó repitiendo por segunda vez la interjección—. Este esqueleto debe de ser de uno de los legendarios vaqueros forjadores del Oeste americano.

Luego, y con el entusiasmo propio de un descubridor, siguió andando por el tortuoso túnel. Estuvo caminando más de una hora en continuada ascensión y cuando el frío lo aterió, sin haber logrado encontrar el buscado final, regresó al punto de partida.

Cuando el suspomóvil inició la marcha, Ted Trombidge dirigió la mirada hacia la espumosa catarata que ocultaba, al parecer, la interminable gruta y murmuró con determinación:

«He de recorrerla en toda su longitud hasta saber dónde termina.»

Capítulo primero

ATAVIADO con un flexible y ajustado bota-pantalón azul de una sola pieza, sujeto al cuerpo por la elástica cinturilla, y una pieza de manga corta que recordaba, por la forma del cuello, a las camisas usadas por los habitantes de la Tierra en la época en que fue la gran epopeya del hombre sentar el pie por primera vez en su satélite, andaba por un ancho corredor un joven de unos veintiocho años, alto, de pelo corto y de complexión robusta.

Como si estuvieran aguardando su paso, se abrió súbitamente una puerta vitrificada y en el marco apareció un hombre joven con idéntica vestimenta, cuya mirada dejaba entrever gran inquietud.

—¡Roan! —llamó excitado al propio tiempo que cerraba la puerta a sus espaldas como si temiera ser oído por los demás ocupantes del interior de la estancia que había abandonado.

—¿Qué ocurre? —preguntó el interpelado posando en el trémulo joven la mirada penetrante de sus ojos grises.

—Es muy raro. Pero si los instrumentos meteorológicos no mienten, y estoy seguro de que no por cuanto he revisado concienzudamente los circuitos, la temperatura en la Tierra en estos momentos está sobrepasando los ciento veinte grados centígrados.

—Tranquilízate, Gervase; tus aparatos no deben de funcionar bien. ¿No comprendes que tales datos forzosamente están equivocados?

—Roan, te aseguro que no hay error. Cuando casualmente miré el termómetro y vi cómo la temperatura aumentaba progresivamente, calculo que a razón de un grado por segundo,

pensé lo mismo que tú: indudablemente debía de haber alguna anormalidad en nuestros receptores. Los repasé con suma atención y comprobé con gran horror que no había ninguna avería y que la temperatura de allí abajo era insoportable. Estoy asustado, créeme, muy asustado. ¿Qué puede haber ocurrido? ¿Habrá estallado la temida guerra entre nuestro país y la U.R.S.S.? ¿Habrán iniciado una ofensiva utilizando bombas térmicas?

La extrema palidez, la angustia reflejada en la atemorizada mirada y la circunspección en las aseveraciones del teniente Gervase hicieron meditar a Roan Brown, quien, asimismo, también se sintió intranquilo ante la gravedad de aquella insólita noticia.

—Ven. Pronto saldremos de dudas.

Apresuradamente, los dos hombres se dirigieron hacia una puerta del mismo corredor en la que se leía «Departamento de Comunicaciones» y tras empujarla, penetraron en el interior de una gran sala repleta de instrumentos ordenadamente dispuestos al objeto de ocupar el menor espacio posible.

Roan Brown se acercó con presteza a un hombre sentado indolentemente en un cómodo sillón giratorio y procurando dar a sus palabras un tono de marcada indiferencia le dijo:

—Cabo, establezca comunicación con la Tierra.

—A la orden, comandante.

E inmediatamente, conectando los circuitos televisivos, con voz sin inflexiones se apresuró a cumplir la indicación del militar.

—Atención, centro de Houston, aquí base lunar… Atención, centro de Houston, aquí base lunar.

Por espacio de varios minutos el cabo de transmisiones fue repitiendo la llamada ante la muda observación de los asistentes y la creciente alarma del comandante Brown y del teniente Gervase.

—Es raro, señor, pero no contestan.

—Continúe intentándolo —replicó Roan.

—Aquí base lunar de los Estados Unidos de América. Conteste centro de Houston.

Nuevo silencio cargado de fatales presagios.

—Utilice la radio —ordenó tenso Roan.

Poco después, la voz con tono de ligero nerviosismo del cabo hablaba de nuevo:

—Atención, centro de Houston, aquí base lunar… Contesten, por

favor… Contesten.

Cuando las reiteradas llamadas para establecer contacto televisivo o radiofónico se convirtieron en un obsesionante sonsonete al que no se obtuvo contestación, Roan decidió que el factor tiempo era primordial.

—Ni una palabra a nadie de la base de cuanto ocurre, ¿entendido? No quiero que se produzca una alarma tal vez infundada.

—Sí, señor —fue la unánime respuesta de los cinco miembros que estaban en el Departamento de Comunicaciones.

—Vámonos, Gervase.

Escasamente un minuto más tarde el mayor Roan Brown, acompañado del teniente Gervase, oprimía el pulsador de llamada en el despacho destinado al general jefe de la base norteamericana en la Luna.

Tan pronto se iluminó el indicador de «Pasen» los dos jóvenes oficiales penetraron en el interior, permaneciendo en estatuaria posición de firmes frente al general, sentado detrás de una mesa de trabajo.

—¿Qué desean? —interpeló la máxima jerarquía de la base lunar norteamericana, mirando benevolente a ambos oficiales.

—Puede que se trate de una falsa alarma, señor, pero he considerado prudente ponerle en antecedentes de cuanto ocurre.

—Explíquese, mayor —demandó el general observando el estado de zozobra reflejado en los pálidos rostros de los dos jóvenes subordinados.

Inmediatamente, Roan narró breve, pero conciso, la causa de los temores del teniente Gervase y que él ya compartía. Tan pronto como hubo finalizado su informe, el general, con no menos inquietud por la tremebunda noticia, hizo gesto de pulsar un conmutador en uno de los audiovídeos de que estaba provista su mesa, cuando, precisamente el mismo aparato emitió de una lámpara piloto intermitentes destellos blancos al propio tiempo que sonaba un zumbador.

El general concluyó la acción iniciada y en la pequeña pantalla se vio el rostro alarmado de un hombre.

—Lane —sonó la voz en el audiovídeo—, no podemos establecer ninguna clase de comunicación con nuestro centro. ¿Quieres

interesar de Houston si les es posible averiguar las causas?

—Infórmate primero de la temperatura que existe en Europa. Aguardo tu contestación.

Los tres militares norteamericanos escucharon claramente a través del conectado audiovídeo las órdenes que cursaba el mariscal Forrester, jefe de la base lunar de la Comunidad Europea, así como la respuesta que a los pocos segundos le fue dada.

—Lane, es increíble, nuestros aparatos registran una temperatura de ciento veintisiete grados centígrados sobre cero. ¡Es horroroso, ningún ser viviente podrá soportarla!

—Igual ocurre en los Estados Unidos.

—¿Crees que…?

—No me parece razonable —interrumpió el general americano adivinando la pregunta que iba a formularle Forrester—. Una o varias bombas térmicas de tal intensidad, caso de haberse tirado alguna sobre vuestro país, también afectaría a buena parte del territorio de la U.R.S.S.

—Entonces, ¿cuál es tu opinión?

—Estoy tan desconcertado como tú. Hablaré con los rusos, pues no creo que se haya desencadenado una guerra en la Tierra, por la sencilla razón de que antes de iniciar un ataque por sorpresa a nuestras naciones, nos habrían destruido a nosotros primero.

Cinco minutos después, en el despacho del general Lane se habían reunido con él, Forrester y el teniente general Zurvanoff, jefe supremo de la base lunar rusa.

—Nuestros respectivos países se hallan sumidos en igual cataclismo, lo que me hace suponer que toda la tierra estará sufriendo tan horrenda calamidad —decía en aquellos momentos Zurvanoff, con patente desasosiego al pensar en la horrorosa tragedia que se debía estar produciendo en todo el planeta—. A mi parecer, ha llegado el momento de que olvidemos nuestros respectivos intereses y unamos nuestras fuerzas para la defensa de nuestra supervivencia e intentar, si nos es posible, ayudar a toda la humanidad que haya podido sobrevivir a tal catástrofe. ¿Están de acuerdo conmigo?

—En tales circunstancias es lo más acertado —aceptó sin titubeos el general Lane.

—Conforme con ustedes —convino también el europeo.

La reunión se prolongó durante muchas horas y los tres altos jefes militares, convertidos en un solo hombre, dictaron ya las primeras órdenes conjuntas de emergencia. A partir de aquel instante, las bases terrestres en la Luna permanecerían en un constante estado de alerta y preparadas para la posible defensa de un peligro desconocido y acerca del cual no tenían ni la más remota idea.

Hasta que pasados dos días y las temperaturas terrestres se hubieron normalizado, no se acordó, como primera medida, que una astronave rusa dotada de poderoso armamento y tripulada por el experto piloto espacial norteamericano Roan Brown, acompañado de la inteligente médico soviética Dunia Ludovica, emprendieran viaje de investigación hacia la Tierra.

Entretanto, el resto de las cosmonaves permanecerían en la Luna en espera de los próximos acontecimientos derivados de los informes que deberían emitir a la mayor urgencia los dos expedicionarios.

Capítulo II

ALGUNOS días antes de que, en los perfectamente dotados observatorios meteorológicos instalados en la Luna, registraran las altísimas temperaturas sufridas en la Tierra, el joven Ted Trombidge detuvo el suspomóvil en el mismo lugar de la semana anterior, junto al pequeño lago donde, oculta por las aguas de la catarata, había descubierto la gruta que tanto le entusiasmó.

Luego, descendió del vehículo, asió una gran mochila del asiento contiguo y se acercó por el borde a la pequeña cañada, a fin de observar el lugar por donde le fuera más fácil poder encaramarse para penetrar en la cueva que se había propuesto explorar a toda costa.

Después de colocar a sus espaldas la voluminosa mochila, previa y concienzudamente preparada, se deslizó suavemente dentro de las transparentes aguas y nadando despacio se aproximó al lugar elegido para penetrar en la cueva objeto de su curiosidad. Al igual como hiciera en la primera ocasión, sacó del bolsillo del pantalón su linterna de duración indefinida y, sin dilación, se encaminó directamente hacia el extraño túnel.

Al pasar junto a los restos del que debió ser un hombre nacido más de cien años atrás, lo iluminó brevemente y después de dirigirle una fugaz mirada prosiguiendo su camino, murmuró:

«Con toda seguridad, los de tu tiempo, por mucho que te buscaran jamás lograron encontrarte.»

Continuó caminando por espacio de varias horas hasta que, jadeante por la falta de costumbre de practicar ejercicios

prolongados debido a su vida sedentaria dedicada a las investigaciones biológicas, acabó por sentarse en el duro suelo rocoso. Consultó el reloj de pulsera y después dirigió los rayos de la luz a lo largo del túnel abierto por la naturaleza sin poder ver el final.

«Llevo más de tres horas andando y nada; esto parece interminable», volvió a monologar.

Mientras se tomaba un largo descanso, sintió un ligero estremecimiento de frío; se levantó y, tras colocarse de nuevo la pesada mochila en la espalda, reemprendió el camino.

Otro descanso y sucesiva marcha. Y así, ininterrumpidamente, hasta transcurrir cerca de nueve horas.

«Bueno, por hoy es suficiente», continuó hablando consigo mismo. «Pues si persevero de igual forma los que vengan detrás de mí me encontrarán como yo al otro y, francamente, no me gustaría que tal cosa ocurriera.»

Acto seguido, sacó de uno de los departamentos de la mochila una caja de delgado, pero resistente, plástico y extrajo de la misma una galleta de las que el vulgo denominada «pan de crecimiento» por tener la propiedad de, una vez ingerida, esponjarse por la acción de los jugos gástricos y saciar el estómago más exigente. Una vez comió la diminuta porción de alimento, masticó un comprimido polivitamínico de gran valor energético y, tras beber varios sorbos de agua, se introdujo en un saco de dormir dispuesto a pasar la que, a tenor de las horas transcurridas, sería su primera noche en el seno de aquel extraño pasadizo.

A medida que transcurrían los días en un constante caminar y sin que Ted Trombidge hubiera podido llegar al final del objetivo perseguido, iba decreciendo en su ánimo el entusiasmo con que empezó lo que en principio solo consideró un entretenido juego de exploración.

Por su reloj habían pasado ya diecisiete días de continuada marcha siempre en sentido ascendente y en la que, en más de una ocasión, se vio precisado a trepar para poder seguir adelante.

«Tengo provisiones para más de veinte días, si bien el agua tendré que racionarla porque no me durará tanto tiempo», comenzó en voz alta, siguiendo su inveterada costumbre, después de hacer un recuento de su mochila. Tal vez lo más acertado sería retroceder —

continuó en su monólogo— y dejar que un equipo convenientemente preparado hiciera la exploración.»

Fue precisamente durante la noche de aquel día y después de llevar unas cuatro horas durmiendo cuando se despertó inquieto y con el cuerpo bañado de copioso sudor.

«¡Cáspita! —murmuró intrigado, despojándose apresuradamente del saco de dormir—. ¿Cuál puede ser la causa de este repentino y sofocante calor?

Efectivamente, la fría temperatura de los días anteriores, se había transformado, de súbito, en un calor asfixiante sin que Ted Trombidge pudiera explicarse las causas de tan repentino cambio.

«¿Y si me hubiera metido en un túnel de algún volcán? Pero aquí no hay volcanes», se corrigió a sí mismo apresuradamente.

Mientras, la temperatura en el túnel iba aumentando constantemente hasta el extremo de que el hombre que se hallaba en su interior, con el cuerpo completamente empapado de abundante sudor y, con el nerviosismo propio de quien teme horrorizado que su vida toque al fin, asió una de las cantimploras de que iba provisto y derramó por su cabeza y cuerpo la mitad del contenido, bebiéndose ávidamente el resto sin apartar los labios del recipiente.

Por espacio de dos días, Ted Trombidge permaneció en el mismo lugar, casi siempre tumbado en el duro suelo, sin fuerzas para avanzar ni retroceder y ni siquiera poder ingerir alimento alguno. Únicamente durante la persistente elevada temperatura, bebía agua en abundancia para evitar quedar deshidratado, sin percatarse de que el líquido estaba ligeramente caliente.

Por fin, casi tan bruscamente como se había realizado el cambio, el agobiante calor fue desapareciendo rápidamente hasta que, de nuevo, el frío volvió a ser intenso.

«¿Qué misterio geológico encerrará este túnel para sufrir unas variaciones climatológicas tan extremas? ¿Fue acaso tan brusco cambio de temperatura la causa de que el vaquero de la entrada hallara la muerte a unos pocos metros de la cascada que hubiera sido su salvación? Si no quiero perecer, habré de apresurarme a marchar cuanto antes de este lugar maldito.»

Y sin clara noción de sus actos, Ted Trombidge, tambaleándose, prosiguió la marcha considerada en el primer día únicamente como

una distraída aventura sin peligro.

Caminó, trepó, reptó por lugares donde el túnel se estrechaba tanto que apenas le permitía el paso, durante horas y más horas, hasta llegar a perder la noción del tiempo. Al consultar el reloj, solo sabía el día en que se hallaba y la hora, ignorando, empero, si sería de la mañana, de la tarde o de la noche.

Pasados diez días más, en un estado casi de demencia, sintió un estremecimiento de pánico al observar que el agua de la última cantimplora tocaba a su fin y que el pasadizo continuaba apareciendo interminable.

Haciendo ya sobrehumanos esfuerzos, prosiguió avanzando hasta que al cabo de varias horas de ininterrumpido andar vacilante cayó agotado al suelo. Jadeante y comprendiendo que una pérdida de tiempo podría serle fatal, intentó levantarse para seguir adelante, pero, súbitamente, al apoyar la mano en la pared rocosa para ayudarse le dio un vuelco el corazón. La tenía húmeda, no cabía la menos duda. Con frenesí, dirigió los rayos de la linterna hacia el lugar donde había tocado con la mano e inmediatamente puso los labios en la pared. Por la misma se deslizaban pequeñas gotas de agua. Después de estar succionándola largo tiempo y mitigada la sed que ya empezaba a atormentarlo, pues la poca que todavía poseía la conservaba como el más preciado tesoro, se dejó caer sobre el duro suelo y exclamó:

«¡Gracias, Dios mío, tal vez me salve!»

Después, desenroscó una de las cantimploras y, durante muchas horas, utilizando el tapón como cuenco, con suma paciencia fue llenándolo de las gotas del agua que recogía de la pared para verterla con cuidado en el interior del recipiente.

Cuando consiguió aprovisionarse de agua suficiente para varios días, masticó una galleta de «pan de crecimiento» e introduciéndose en el saco, durmió placenteramente, después de muchas noches de insomnio y de dormitar inquieto, por espacio de nueve horas.

Al despertar parecía haber recobrado las perdidas fuerzas. Ingirió una tableta vitamínica y tras succionar las gotas de agua de la pared reemprendió el penoso camino.

Por fin, tres días después de incesante caminar, al doblar un recodo del túnel su mirada pareció percibir a lo lejos una tenue claridad. Apagó la linterna y comprobó, gozoso, que no se había

equivocado; sus ojos ya veían luz natural. Presa de indescriptible alegría, echó a correr tan velozmente como sus endebles piernas le permitían; tropezó y cayó varias veces al suelo… Pero se levantaba prontamente y, sin sentir el dolor de las caídas, emprendía la interrumpida carrera.

* * *

La amplia y profundísima cueva estaba ocupada por dos personas, arrebujadas con gruesas mantas, sentadas en el suelo. Un hombre de cabello gris, de unos cincuenta y cinco años de edad, y con los ojos cerrados, respiraba pausadamente, mientras el otro personaje, una bella muchacha de veintidós años, con largo pelo rubio, ojos verde-azulados, blanca tez y rojos labios, permanecía escuchando con manifiesta atención.

—¡Padre! —llamó quedamente la joven al hombre que permanecía dormido—. ¡Despierta!

—¿Qué ocurre? —preguntó el interpelado abriendo los párpados y mirándola fijamente.

—Me ha parecido oír pasos en el fondo del corredor, como si alguien estuviera corriendo.

Ambos permanecieron callados mostrando en los rostros una mezcla de sorpresa y temor. Al comprobar que, efectivamente, su hija no se había engañado, el hombre empuñó una pistola Folster, cuyos pequeños proyectiles explosivos destrozaban el objeto que los recibía, y permaneció atento con la mirada puesta en la dirección donde sonaban, ya claramente, los apresurados pasos.

De pronto, apareció ante sus atónitos ojos un joven alto, sumamente delgado, con el rostro blanquecino poblado de una enmarañada barba y enrojecida mirada febril.

El aparecido también debió de percatarse de la presencia de aquellas dos personas, porque, con voz desfallecida, antes de caer desplomado al suelo, en un postrer esfuerzo suplicó:

—Un hospital, llévenme a un hospital.

—¡Padre, dispara! —chilló la joven como una histérica.

El hombre, haciendo caso omiso de la observación de su hija, se acercó precavidamente al caído, y, sin dejar de apuntarlo con el arma empuñada, lo observó largamente.

—Es otro superviviente de la extraña catástrofe —manifestó a su

hija que se había incorporado y permanecía apoyada en uno de los muros de la cueva, sin dejar de mirarlos.

—¡Mátalo, padre, mátalo!

—¿Por qué? —preguntó con cierto, horror ante la persistente reiteración de la joven.

—Si no lo haces tú, lo hará él con nosotros para robarnos las provisiones que tenemos en nuestro poder.

—No pierdas la serenidad, Ángela, te lo suplico. ¿No comprendes que no puedo asesinar a sangre fría a ese desgraciado?

—Tengo miedo, padre, mucho miedo de todo cuanto nos rodea.

—Sosiégate, hija; es un hombre joven y quién sabe si podrá ayudarnos en la crítica situación que estamos atravesando.

—¿Qué podrá hacer en nuestro favor si ni siquiera puede sostenerse en pie? Tendremos que compartir con él nuestros alimentos…

—¡Cállate! —la interrumpió el hombre, iracundo.

Después, el padre de la excitada joven se acercó al hombre tendido en el duro suelo y lo puso boca arriba sin que el caído hiciera movimiento alguno. Estaba totalmente inconsciente.

—Ángela, trae un poco de whisky e introdúceselo en la boca.

La joven se acercó a un lado de la cueva y, de entre un apiñado montón de fardos extrajo una botella de licor. Luego, se aproximó al joven y poniéndole el cuello de la botella en los labios le derramó en la boca parte del líquido que contenía.

El efecto del alcohol fue casi instantáneo, pues a los pocos instantes el desmayado abrió los ojos y pasó la mirada del padre a la hija. Se incorporó penosamente y con profunda emoción dijo, de modo incoherente:

—Últimamente, en muchas ocasiones, temí no salir con vida del túnel. Se me acababa el agua después de tantos días… La soledad era tan terrible que, incluso, creí perder la razón. Si mis cálculos no me fallan he tardado treinta y dos días en encontrar la salida.

—¿Cuánto tiempo? —inquirió el padre de Ángela.

—Puede que esté equivocado, pero según el calendario de mi reloj —y lo comprobó para cerciorarse— desde que penetré por el otro extremo del túnel han transcurrido treinta y dos días.

Y a medida que iba explicándose, Ángela y su padre fueron conociendo los detalles de la peligrosa aventura corrida por Ted

Trombidge, en la cual, milagrosamente, salvó la vida.

—Pues bien, puede bendecir el momento en que se bañó en las aguas del lago hallado a su paso cuando disfrutaba de su fin de semana —comentó el padre de Ángela tan pronto como Ted acabó su narración—, porque, seguramente, de no haber descubierto la cueva oculta por la catarata a estas horas estaría muerto.

—¿Muerto? ¿Por qué?

—Usted nos ha referido que hace días sintió, súbitamente, un calor asfixiante, ¿verdad?

—Así es.

—Será mejor que empiece a explicárselo todo desde el principio. Me llamo Waltreig y soy, mejor dicho, era el Presidente del Consejo de Administración de la empresa «Cosméticos Waltreig», ella es mi hija Ángela. Este año, accediendo a los ruegos de mi hija y más bien para darle gusto a ella, acepté tomarme unas vacaciones lejos de mi cotidiano quehacer. Uno de los accionistas de la firma es propietario de un magnífico albergue situado a un par de kilómetros de esta cueva y, conocedor de mis aficiones, me cedió las llaves a fin de que pasara unas semanas entre las nieves perpetuas del pico del monte. No voy a extenderme en mi relato, solo le diré que nos trasladamos a la casa situada en plena montaña y que durante los primeros días gozamos lo indecible esquiando por la ladera. Un día, y de esto hará unos quince, incomprensiblemente empezó a hacer calor, mucho calor, tanto que la nieve se licuaba con pasmosa rapidez por todos los alrededores. Nuestro primer pensamiento fue dirigirnos hacia el refugio, mas, al observar que la temperatura subía rápidamente, nos metimos en esta cueva que, por fortuna, en aquellos precarios momentos solo estaba a unos metros de distancia. No voy a narrarle nuestros padecimientos puesto que usted tuvo ocasión de experimentar en su persona la misma terrible sensación. Cuando a los dos días disminuyó el aterrador bochorno nos marchamos al albergue sin pérdida de tiempo y desde allí llamé por radio-teléfono a mis oficinas para indagar las causas de aquel fenómeno. No conseguí ninguna comunicación. Después, lo intenté con un pequeño emisor-receptor con idéntico resultado negativo. Algo intranquilo, con el suspomóvil marchamos al pueblo más cercano y allí presenciamos el espectáculo más macabro que mente alguna haya podido imaginar: por doquier, encontrábamos

cadáveres resecos con la piel resquebrajada unos y de otros solo los huesos calcinados. ¡Fue horroroso! ¡La extraña ola de calor había acabado con todos los habitantes de Massinger! Como empezara a llover torrencialmente, emprendimos el regreso hacia el albergue a toda velocidad y, ante el temor de que el extraño fenómeno se repitiera, recogimos cuantos víveres y utensilios que nos fue posible y nos trasladamos de nuevo a esta gruta donde hemos permanecido inactivos muchos días, pues ha estado nevando continuamente desde entonces, sin duda a consecuencia de la condensación de la gran cantidad de agua evaporada durante la terrible ola.

Ted Trombidge permaneció largo tiempo meditando las palabras de Waltreig con una duda en la mente. «¿Sería cierto cuanto le contara? ¿Estaría en presencia de un demente al que acompañaba su hija para cuidarle en la enfermedad?»

—¿Intentó con su aparato emisor-receptor sintonizar otras emisoras? —preguntó Ted sin dejar de observar a Waltreig.

—Muchas veces, pero jamás logré nada positivo. Puede probarlo usted mismo, puesto que fue una de las cosas que me traje.

Seguidamente, fue a buscar el aparato y se lo entregó a Ted, quien, recostado en una de las paredes de la cueva, estuvo continuamente cambiando de frecuencia de onda sin que pudiera conseguir sintonizar ninguna emisora.

—¿No tendrá algún desperfecto? —preguntó el joven después de sus intentos nulos.

—Aseguraría que no. Temo, y tal pensamiento me horroriza, que la ola de fuego asoló a toda la Tierra y únicamente pudimos salvarnos aquellos que estábamos a más de tres mil metros de altura, donde, a mi juicio, el calor debió de perder intensidad.

Capítulo III

LA cosmonave, con las insignias de la U.R.S.S. perfectamente visibles en su estructura, se dirigía rauda hacia la Tierra pilotada por el comandante de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos de América Roan Brown. En el asiento contiguo una hermosa mujer, la ucraniana Dunia Ludovica de cerca veinticinco años, pelo castaño, grandes y vivaces ojos oscuros, permanecía con la mirada fija en la gran esfera, su planeta, como si estuviera suspendida por finos hilos invisibles allá a lo lejos en el firmamento.

—Si continuamos manteniendo esta velocidad, dentro de un par de días llegaremos a nuestro destino.

—No debería decírselo, pero la verdad es que estoy muy preocupada por lo que haya podido suceder en nuestro mundo.

—¿Y quién no lo está? —replicó el piloto sin dejar de prestar atención a los datos que le facilitaban las computadoras de a bordo.

Y presa de la misma inquietud y sin deseos de proseguir la conversación, los dos cosmonautas guardaron silencio, absortos en sus pensamientos.

Tal como predijo Roan, a los dos días de navegación la astronave penetraba en la magnetosfera del planeta, con la creciente ansiedad de los tripulantes a los cuales se confiara la misión de esclarecer el misterio que lo envolvía.

Repentinamente, apareció ante sus ojos una cosmonave y la voz asombrada de Dunia exclamó:

—¡Comandante!

Ya Roan se había apercibido también de la misma; impulsado

por los rápidos reflejos indispensables en los pilotos espaciales, inclinó la proa de su nave en una brusca caída de noventa grados.

La rápida maniobra fue su salvación, pues inmediatamente el lugar que instantes antes había ocupado fue atravesado por un refulgente rayo procedente de la otra nave espacial.

Roan maniobró de nuevo y, tras parar el descenso vertiginoso, puso a la nave que pilotaba en posición horizontal, le imprimió la máxima velocidad y navegó en continuo zigzag en dirección a sus atacantes; mientras tanto, con gesto rápido, accionaba una diminuta palanca en el tablero de instrumentos. El pequeño radar conectado al dispositivo de tiro automático entró en funcionamiento, y, en el preciso instante que otro rayo pasaba a muy corta distancia, captó un objeto y electrónicamente se hizo el disparo. El proyectil nuclear, de solo quince centímetros de longitud, acertó de lleno en el blanco a que iba destinado e hizo explosión. A los pocos segundos, de aquella cosmonave atacante únicamente quedaban unos pequeños fragmentos esparcidos por el espacio.

Con gruesas gotas de frío sudor bañándole la frente, Roan estuvo observando atentamente a través de los ventanales de su astronave, al objeto de prevenir otro posible ataque por sorpresa.

—Dunia, ¿está asustada?

—He de sobreponerme, comandante; cuando di mi conformidad para acompañarlo en calidad de médico en esta exposición ya fui debidamente advertida de que tal vez correría grandes peligros. Si he de serle sincera, le diré que aún los espero mayores.

—Confiemos en que no ocurra así. Pero, por si acaso, no deje de observar el lado de estribor por si ve a otra de esas naves.

Seguidamente, el mayor Brown, sin desviar la atención de los indicadores, habló con entonación impersonal.

—Nave operación Tierra llama a base en el satélite.

—A la escucha, mayor —se oyó inmediatamente por los altavoces instalados en los laterales de la nave.

—Altamente confidencial. Pase la comunicación al general.

Pocos segundos después, se oía otra voz de distinta tonalidad.

—Comandante Brown, soy el general Zurvanoff. Puede informar.

—Hemos llegado a la magnetosfera y acabo de abatir a una nave extraterrestre —comunicó escuetamente.

—¿Cómo? —fue la exclamación de sorpresa e incredulidad.

—Acabo de abatir a una nave extraterrestre.

—¡No es posible!

—Sí, lo es, señor, y gracias a que las astronaves de ustedes están equipadas con cañones atómicos todavía conservamos la vida.

—Aguarde, mayor, haré que llamen de inmediato al general Lane y al mariscal Forrester.

No habrían transcurrido más de tres minutos, cuando la voz inconfundible del jefe norteamericano preguntó:

—Brown, ¿qué diablos está diciendo?

—Mi general, apenas hemos penetrado en la magnetosfera nos ha atacado una nave espacial de contextura desconocida. Han lanzado sobre nosotros unos rayos semejantes a los láser y me he visto precisado a disparar sobre ellos con el cañón atómico de a bordo.

Siguieron unos cuchicheos y después sonó claramente la voz del general Lane.

—¿Y en qué se funda para afirmar que la nave atacante era de procedencia extraterrestre?

—Todas las astronaves terrestres, salvo en muy poca variación, tienen forma de cono, señor, y la que nos ha salido al paso la tenía circular. Era, ¿cómo diría yo?, igual a las que hace treinta años describían las gentes como «platillos volantes». Además, he sacado las siguientes deducciones: primera, no era de las nuestras ni europea tampoco; a estas, dada mi condición de piloto espacial, las conozco sobradamente; segunda: de haber sido rusa, y pido al general Zurvanoff me dispense, no hubiera atacado a una de sus propias naves. Por último, solo nos resta suponer que otro país también hubiera construido sus cosmonaves con diseño y características totalmente distintas, pero, ¿cuál es el que cuenta actualmente con suficiente potencial económico y adelanto científico para ello? En el supuesto de que tal hipótesis fuera factible, ¿acaso, los servicios de Inteligencia de alguna de las tres grandes potencias que han montado bases lunares, no lo habrían descubierto?

—Pese a sus razonadas deducciones me es difícil creer en la presencia de naves extraterrestres, Brown.

—Y a mí también, general, pero la realidad es que una nave espacial desconocida ha intentado destruir a la mía.

—Entonces, dígame, Brown, ¿por qué esas naves misteriosas no han atacado a la Luna?

—Una bomba térmica, caso de haberse empleado tales armas y ser la causa de las exorbitantes temperaturas registradas en distintos puntos de la Tierra, no habría sido efectiva en nuestras bases porque nuestros acondicionamientos están montados para contrarrestar las grandes variaciones termométricas que se producen en el satélite. La solución es más sencilla, destruida la fuente de nuestros aprovisionamientos estamos condenados a perecer por falta de medios en un plazo más o menos largo. ¿Por qué exponerse, pues, a intentar otra clase de exterminio?

—Siempre, claro está, que la supuesta procedencia de aquella nave sea cierta.

—Así es, señor.

—Continúe adelante con la operación y manténganos informados de todo cuanto les ocurra o averigüen.

—Sí, señor.

Pero, pese a las increíbles palabras del mayor Brown, en las bases terrestres de la Luna se montó una continua vigilancia aérea aprestándose para la defensa de una ocasional agresión.

Dos horas después…

—Nave Tierra llamando a base.

—Base a la escucha.

—Acabamos de penetrar en la troposfera y en estos momentos está diluviando sobre la superficie del planeta de tal manera que impide toda visibilidad. Pido conformidad para poder orbitar.

—Aguarde unos momentos, mayor.

A los pocos minutos, el propio general Lane era quien se hizo cargo de la comunicación.

—¿Brown?

—Sí, señor.

—Por las imágenes recibidas de los satélites meteorológicos ya suponíamos que estaba lloviendo sobre gran parte de la Tierra. Tan pronto como cesen las lluvias cuidaremos de avisarlo; mientras, ponga la astronave en una órbita entre 3.66 y 4.66 de perigeo. ¿Comprendido?

—Sí, mi general.

—Brown…

—Diga, señor.

—Cuide de que no les ocurra nada. Recuerde que el éxito de la operación Tierra depende casi exclusivamente de usted.

—Así lo haré.

—Bien, muchacho, adelante —fueron las palabras del general, en un tono que más bien parecía exhortar al amigo que ordenar al subordinado.

* * *

Entretanto, en la cueva situada en lo alto del monte Red Slate ocupada por las tres personas que experimentaron los efectos de la insólita ola de calor registrada por los observatorios meteorológicos de las bases de tres potencias instaladas en la Luna.

—Únicamente me quedan unas cuantas galletas de «pan de crecimiento» y varios comprimidos polivitamínicos —decía en aquellos momentos Ted Trombidge, una vez repasadas las subsistencias que aún había en su mochila— mañana bajaré al pueblo al objeto de ver si tengo la fortuna de encontrar víveres en buenas condiciones para ustedes y para mí hasta tanto se normaliza esta extraña situación en que nos encontramos. ¿Podré hacer uso de su suspomóvil?

—Desde luego. Lo encontrará estacionado junto al albergue. ¿Está armado, señor Trombidge?

—No, y creo innecesario estarlo si solo voy a encontrar… cuanto me ha contado usted.

A media mañana del día siguiente, y tal como había anunciado la noche anterior, Ted Trombidge abandonó la gruta y emprendió el camino hacia la lejana edificación que le mostrara Waltreig, hundiéndose en la nieve en los primeros centenares de metros. A medida que descendía por la ladera de la montaña e iba decreciendo de altitud, la blanca sábana nevada también perdía grosor, circunstancia que le permitía un andar más rápido.

Mientras caminaba, y desconcertado por los sucesos que le habían ocurrido, no cesaba de meditar y monologar en una idea fija que absorbía por completo su pensamiento:

«¿Será verdad lo que me ha contado Waltreig? De serlo, sería la calamidad más grande que la humanidad haya sufrido en todos los tiempos. ¡Es demasiado espantoso para que haya podido ser así!

Más bien me inclino a creer que el pobre hombre también sintió los efectos del raro calor que se produjo cuando yo estaba en el túnel y habrá perdido el juicio imaginando los mortales efectos que se hubieran producido en lugares menos altos y de ser mayor la intensidad de la ola… Lo peor del caso es que la chica parece contagiada del mismo temor.»

Tras andar cerca de dos horas, Ted llegó al soberbio edificio de alta montaña. Empujó la entreabierta puerta y penetró en el interior inspeccionando detenidamente las distintas habitaciones. Salvo las huellas de una rápida requisa en la despensa, el resto de la casa estaba en perfecto orden.

«No me cabe duda, Waltreig ha perdido la razón.»

Con el ánimo más serenado, Ted ocupó el potente suspomóvil, lo puso en marcha y se dirigió a toda velocidad al pueblo de Massinger, cuya configuración se divisaba perfectamente.

Cuando penetró en el moderno y gran conjunto hotelero de Massinger, aminoró la marcha y un estremecimiento de pánico se apoderó de él al comprobar que cuanto había explicado el hombre a quien creyó un demente era la terrible realidad. Toda la vegetación de lo que fueran cuidados jardines aparecía requemada y falta de vida. Las resecas y desnudas ramas de los árboles, cual miembros retorcidos, daban la sensación de que por ellos hacía ya muchos años que no circulaba la savia vivificadora. Y para completar aquel cuadro desolador, varios cadáveres estaban tendidos en grotescas posiciones a lo largo de lo que era la calle principal.

Ted detuvo el vehículo y descendió. Tan pronto como puso el pie en tierra el nauseabundo hedor de una gran putrefacción le hirió las fosas nasales y le hizo vomitar durante mucho tiempo. Cuando, al fin, pudo dominar las persistentes náuseas, presa del terror subió al suspomóvil con la intención de huir de aquel pueblo donde solo imperaba el silencio y la muerte.

«Tranquilízate, Ted, o tu suerte será aún peor —dijo en voz alta como si hablara con otra persona—. Posiblemente se trata de una catástrofe local y no tardará en llegar al conocimiento de las respectivas autoridades y al no encontrar una explicación plausible a la hecatombe de cuyos trágicos resultados era testigo presencial, continuó hablando en voz alta—: ¿Qué habrá podido ocurrir?»

Permaneció durante veinte minutos en el interior del suspomóvil

y, cuando su alterado sistema nervioso se hubo normalizado, descendió nuevamente del vehículo y atravesó corriendo la ancha calle hasta penetrar en uno de los suntuosos hoteles de aquella fantasmal red veraniega.

El macabro espectáculo de la multitud de cadáveres deshidratados ya no hacía mella en el estado de ánimo de Ted. Sabía sobradamente que su primordial objetivo era encontrar los víveres necesarios para poder continuar sobreviviendo hasta tanto el gobierno prestara a la zona afectada la ayuda necesaria, y a ello dedicó todo su afán.

Deambuló mucho tiempo por las amplias dependencias destinadas al servicio del hotel hasta que encontró la meta de su búsqueda: frente a él, y cerrándole el paso, había la puerta de la cámara frigorífica. El rojo indicador de la parte superior y el ligero zumbido que se escuchaba de un motor en marcha diéronle a comprender que la cámara funcionaba merced a la energía de una instalación auxiliar autónoma montada en previsión de eventuales cortes de fluido.

El lógico pavor que experimentara en los primeros momentos fue sustituido por una súbita emoción. Con trémulas manos abrió la puerta y decididamente penetró en la gran cámara. Pese a que los dientes le castañeteaban de frío, por haberse desprovisto de la ropa de abrigo que dejó en el vehículo, Ted Trombidge fue examinando detenidamente los bien ordenados estantes. Al comprobar que las reservas alimenticias almacenadas no habían sufrido visible deterioro, sintió como si dos lágrimas de alegría pugnaran por salir de sus ojos.

Y el júbilo de Ted, fue compartido por Waltreig y Ángela cuando, tras ágil maniobra, aquel penetró con el suspomóvil en la cueva-refugio de aquellos dos seres que milagrosamente habían escapado con vida de la misteriosa ola de calor que esparció la muerte.

Capítulo IV

LOS tres supervivientes conocidos del horrendo fin de los habitantes, para ellos, de aquella zona, por primera vez en muchos días comieron sin restricción, pudiéndose beber al término de la cena una abundante cantidad de leche merced a los comprimidos lácteos, previamente disueltos en el agua que les proporcionaba la nieve que cubría los alrededores, traídos por Ted.

Mientras Waltreig y su hija Ángela se habían tumbado en el suelo convenientemente arropados disponiéndose a pasar otra noche, Ted Trombidge manipulaba incesantemente el sintonizador de emisoras del receptor. De súbito, y con estupor, todos escucharon la voz que a través del aparato decía:

—…rra. Si alguien está oyendo esta emisión, que conteste cuanto antes utilizando ondas cortas de una frecuencia de ocho Megaciclos. Permanecemos a la escucha.

—¡Estamos salvados! —gritó alborozado Ted, tan pronto escuchó el mensaje radiado.

Inmediatamente, y como si hubiera recibido un estímulo eléctrico, Waltreig arrojó lejos de sí las mantas que lo cubrían y sollozando por la exaltación de saber que sus torturas físicas y morales pronto tendrían fin, se acercó a Ángela para besarla reiteradas veces a la par que repetía las palabras de Ted.

—¡Estamos salvados, hija! ¡Estamos salvados!

Sin dilación, Waltreig colocó acto continuo el transmisor en la posición indicada y con voz temblorosa por la emoción lanzó al éter su llamada de socorro:

—Atención, les hablo desde el monte Red Slate. Estamos guarecidos en una cueva en espera de auxilio. Vengan en nuestra búsqueda a la mayor brevedad, se lo suplico.

Si grande fue el asombro de aquellos tres seres que, debido a circunstancias fortuitas, habían conservado la vida después de la trágica y misteriosa ola de calor, no lo fue menor el de los dos tripulantes de la cosmonave Tierra al escuchar contestación a una de las miles de llamadas hechas a los posibles supervivientes del planeta.

—Dunia, ¿ha oído?

La aludida meditó unos momentos y luego replicó:

—Sí, comandante, de momento ya sabemos que hay alguien con vida, a no ser que…

—¿A no ser qué, Dunia? —interrogó Roan al observar que la joven no concluía la frase.

—Una añagaza maquinada por los mismos individuos que dieron la consigna de destruir a nuestra nave.

—Habremos de exponernos y averiguarlo, pues no podemos estar orbitando por más tiempo. Hace días que las lluvias han cesado y nuestra misión ha de dar comienzo lo más rápidamente posible. ¿Tiene miedo?

—¿Por qué negarlo?

La conversación entre los dos astronautas fue interrumpida por la voz que se escuchó a través del aparato receptor de la nave.

—¡Por favor, respondan! ¿Me oyen ustedes?

El mayor Brown conectó rápidamente el transmisor y se apresuró a contestar al hombre en cuyo tono se advertía una marcada angustia.

—Tranquilícese, le estamos escuchando. ¿Cuántas personas son en total?

—Tres. Ha ocurrido una gran catástrofe, hay multitud de muerto…

—Lo sabemos —fue interrumpido—, como también que han sido seres inteligentes quienes han provocado tal desastre. Ahora, ustedes corren el peligro de que los sintonicen y que con un «caza emisoras» descubran su refugio, por tanto, vamos a interrumpir nuestras mutuas transmisiones. Indíquenme exactamente el punto donde podamos encontrarlos y corten.

—En un pueblo denominado Massinger, al pie del monte Red Slate en Sierra Nevada —contestó otra voz diferente.

—Mañana al amanecer acudiremos a su encuentro. Corto y fuera.

Tan pronto quedó interrumpida la comunicación con aquella desconocida emisora, Ted Trombidge, sumamente pensativo por las palabras que acababa de escuchar, expuso en voz alta el pensamiento que todos tenían en la mente:

—No ha sido un cataclismo natural. El calor mortal lo han provocado seres inteligentes. ¿Habrá estallado una guerra atroz?

—¿Qué haremos, señor Trombidge? —preguntó el nuevamente atemorizado Waltreig pasada la alegría que había sentido momentos antes.

—Ustedes permanecerán aquí. Solo yo acudiré a Massinger y, si son amigos quienes nos han hablado por radio, les prometo que no los dejaré abandonados en este lugar.

A las primeras luces del alba del nuevo día, Ted Trombidge, después de una inquieta noche de insomnio provocado por mil distintos pensamientos, subió al suspomóvil para acudir a la cita concertada con el hombre que ni siquiera había indicado quién era y desde dónde les hablaba.

—Señor Trombidge —dijo Ángela, mostrando patente nerviosismo, en el momento que aquel iba a poner el automóvil en marcha—, antes de que se vaya he de pedirle perdón.

—¿A mí? ¿De qué, muchacha?

—Cuando usted apareció en la cueva, yo pedí a mi padre que lo matara —contestó ella ruborizada.

—Dadas las circunstancias que atravesaban y el espectáculo que presenciaron en el pueblo, era muy natural que desconfiaran de mí.

—Estoy muy arrepentida, créame.

—Olvídelo, Ángela —y con amplia sonrisa, al objeto de tranquilizarla, asiéndole suavemente la barbilla con los dedos índice y pulgar, añadió—: Pero me alegro de que su padre no lo hiciera. Ahora, deje de pensar en ello.

—Gracias.

—No me las dé —contestó él sin dejar de sonreír.

El suspomóvil entró en la silenciosa calle principal de Massinger muy lentamente. El único ocupante, entretanto, no dejaba de

observar a todos lados en busca de la persona o personas que habían prometido ir en su auxilio y que radiaron tan desconcertante mensaje. No viendo a ser viviente alguno, bajó del vehículo y, pese a la pestilencia que aún se olfateaba, anduvo despacio por la amplia avenida con todos los sentidos alerta.

No llevaría más de diez minutos aguardando, cuando de uno de los edificios le salió al encuentro otro hombre joven, uniformado con ceñido bota-pantalón y ajustado jersey de cuello abierto, empuñando una mortífera pistola Folster.

—¡Vaya recibimiento! —exclamó Ted mientras, instintivamente, levantaba los brazos.

—¿Quién es usted? —preguntó con manifiesta desconfianza el joven de la pistola sin dejar de observarlo con atención ni desviar el cañón del arma que apuntaba directamente el pecho de Ted.

—Me llamo Ted Trombidge, biólogo de profesión.

—¿Cómo explica haber conservado la vida entre tanto muerto?

—Igual pregunta puedo formularle yo a usted —replicó Ted destempladamente por toda contestación.

—Soy el comandante Brown de las Fuerzas Aéreas de los Estados Unidos con la misión de investigar cuanto ha ocurrido, por cuya razón estoy revestido de suficiente autoridad para interrogarle.

—¿Puedo bajar los brazos, comandante?

—Hágalo, pero no intente ninguna jugarreta.

—Si esa es toda la ayuda que ha de proporcionarme el ejército, puede irse al diablo, comandante Brown… de mi parte, puede dar el mismo encargo a sus superiores.

Y sin más palabras, Ted Trombidge dio la espalda al militar y se encaminó hacia el suspomóvil.

Aquel desplante fue el mejor argumento para convencer al suspicaz militar de que el hombre solitario de Massinger no deseaba congraciarse con él, prueba inequívoca de que no era un posible enemigo.

—¡Espere!

—¿Qué desea ahora? —replicó secamente Ted.

—Deseo conversar con usted —manifestó el mayor a la par que enfundaba la pistola.

Poco después, sentados en el interior del automóvil para evitar percibir con toda la intensidad el nauseabundo olor producido por

la putrefacción de los cuerpos de aquellos desdichados que encontraron la muerte en contados segundos, ambos jóvenes dábanse toda clase de explicaciones, al término de las cuales el comandante Brown puntualizó:

—Y esta es la situación actual en la Tierra.

* * *

El grupo de cinco personas, integrado por cuatro ciudadanos americanos y una rusa, sentados en confortables sillas plegables alrededor de una pequeña estufa de gran poder calorífico alimentada por una batería de larga duración, utensilios que trajeran de Massinger, conversaban animadamente forjando planes acerca de las futuras actuaciones de cada uno de ellos.

De común acuerdo, y con la consiguiente aprobación del mando unificado establecido en las bases lunares, Waltreig y las dos mujeres permanecerían en la gruta, improvisado cuartel de donde partirían las futuras operaciones, mientras Trombidge y Brown iniciarían un viaje de investigación por distintos Estados de la Unión, una vez dejada la astronave terrestre convenientemente camuflada.

El suspomóvil pilotado por Ted, corriendo en solitario y sin peligro de colisionar con otros coches, iba lanzado por el centro de la autopista a más de doscientos kilómetros hora.

De pronto, el comandante Brown, el cual desde hacía un rato permanecía con la cabeza vuelta hacia atrás sin dejar de mirar atentamente al cielo, dijo excitado:

—Trombidge, creo que una astronave nos ha detectado. Pare y echémonos al suelo sin el menor movimiento; como si también estuviéramos muertos.

Efectivamente, muy lejos todavía, podía observarse un ingenio volador que se desplazaba a velocidad inverosímil.

Solo habían transcurrido unos segundos desde que Ted y Roan habían abandonado el vehículo, semejando una más entre la multitud de los parados en distintas posiciones a lo largo de la autopista, para tenderse en el suelo y ya la nave espacial permanecía estática por sobre ellos a no más de doscientos metros de altura. Luego, descendió lentamente en sentido vertical hasta posarse suavemente en el asfalto de la carretera a escasamente

quince metros de distancia de ambos jóvenes.

El comandante Brown tuvo ya la certeza absoluta de que, por la forma circular con una cabina de igual estructura sobresaliendo por la parte superior y provista de cristales transparentes únicamente desde el interior, tenían frente a ellos a una nave de procedencia desconocida.

El minuto que transcurrió a continuación fue el más angustioso que recordaran haber pasado en sus vidas.

Súbitamente, sin interrumpirse el impresionante silencio que reinaba, se abrió una escotilla de la astronave y de la misma descendió un individuo, vestido con un ropaje semejante a un mono de mecánico de color blanco fosforescente, empuñando en su mano izquierda un raro artefacto. Las enrojecidas facciones de aquel ser, cuyas cejas y cabellos eran de un rojo más intenso, paralizaron de terror al comandante Brown, impidiéndole cometer la torpeza de levantarse para huir, como había sido su instintiva intención.

Tan pronto como el extraño ser de roja epidermis dio precavidamente unos pasos hacia adelante, otro individuo de igual contextura hizo su aparición en la abierta escotilla de la nave.

Entonces, se escuchó la primera detonación y, mientras el ser que había descendido de la cosmonave caía fulminado al suelo, las explosiones de los proyectiles disparados por una pistola Folster sonaros tan ininterrumpidamente que parecieron una sola.

Ted Trombidge después de haber disparado certeramente sobre el primero, mediante un rápido gesto del pulgar puso la pistola, en posición de ráfaga y apretó el gatillo dirigiendo el arma contra el individuo que iniciaba el descenso procurando, al propio tiempo, que las balas altamente destructivas penetraran en el interior de la parada cosmonave.

El segundo de aquellos seres cayó también desplomado sobre la autopista. De inmediato, la escotilla se cerró y la nave se alzó perpendicularmente del suelo a gran velocidad. Pero los disparos de Ted Trombidge debieron de dañarla en alguna de sus partes esenciales, puesto que no cesaba de inclinarse hacia el lado de babor, pese a los esfuerzos que a todas luces efectuaba el piloto para mantenerla en equilibrio, hasta que al llegar a una altura de un centenar de metros cayó sin control, estrellándose estrepitosamente contra el suelo.

El fruto de los disparos de Ted culminó con una gran llamarada y una fuerte explosión en el momento de la colisión. Quince minutos después, una vez extinguido el incendio, de aquel perfecto ingenio espacial solo quedaban un informe montón de metales retorcidos.

Era la segunda cosmonave de la misteriosa potencia que había sido destruida en el intervalo de unas semanas.

Los dos jóvenes, que de perseguidos se convirtieron en triunfantes perseguidores debido a la iniciativa de Ted, permanecieron por espacio de varios minutos tumbados en el suelo hasta cerciorarse de que no existía ningún peligro.

Después, seguido de Roan, Ted se acercó al cuerpo inmóvil del primer individuo abatido. Tenía la región torácica completamente destrozada por lo que dedujo que la muerte debió de ser instantánea.

Luego de inspeccionarlo detenidamente, se aproximó al segundo cadáver y comprobó que estaba mutilado a consecuencia de haber recibido varios destructores impactos.

Ante la muda observación del comandante Brown Ted volvió de nuevo al lugar donde estaba tendido el cuerpo del ser sobre quien había despachado primero, se puso de cuclillas y le pasó repetidas veces la uña del dedo índice por el rostro hasta arañarlo. Luego, se observó el dedo, y siguiendo el curso de su comprobación, hizo un gesto negativo con la cabeza.

—Si no tuvieran la piel tan encarnada y el pelo fuera de color negro, diría, a simple vista, que son indios americanos.

—¿No cree que son extraterrestres, Trombidge? —preguntó el mayor Brown obsesionado en su idea.

Ted estuvo meditando unos momentos antes de contestar.

—Indudablemente si estos dos hombres no son de configuración anormal pertenecen a un tipo de raza desconocido. Pero suponer que no sean humanos, dando esta denominación solo a los habitantes de la Tierra, y que proceden de otro planeta ya me es más difícil. ¿De qué ignoto lugar podrían provenir si únicamente es nuestro mundo en todo el sistema solar el que está habitado?

—La astronave, por su estructura, difiere por completo de las nuestras, puedo asegurárselo; además, han logrado aplicarle el tan ansiado, por nosotros, sistema antigravitatorio, recuerdo que

permaneció como suspendida en el aire… y los rostros rojos de esos hombres…

—Francamente, comandante, estoy desconcertado.

Luego, al observar la rapidez con que la sangre del muerto se estaba secando y el intenso color escarlata de los coágulos, pidió:

—Brown, por favor, tráigame un poco de algodón hidrófilo del botiquín del coche.

El aludido se apresuró a cumplimentar la indicación sin formular objeción, y a los pocos segundos se lo entregaba a Ted.

Estelo empapó de sangre. Después asió unos pocos cabellos de la cabeza del cadáver y de un fuerte tirón se los arrancó.

—Sería prudente que nos largáramos cuanto antes de este lugar, Brown, pues, si bien la suerte ha sido nuestra aliada en esta ocasión, si vinieran más pieles rojas de esos serían ellos quienes acabarían con nosotros.

Capítulo V

EN la primera ciudad que hallaron al paso, Ted redujo al máximo la velocidad del suspomóvil, lo que le permitió fijar su atención en todos los edificios que parecían desfilar ante sus ojos, después de varias horas de lento circular, pudo encontrar el rótulo buscado: el del hospital de la localidad.

—¿Me acompaña, Brown?

—Sí, aunque conozco con certeza cuanto vamos a encontrar prefiero que no nos separemos, unidos podremos defendernos mejor.

Anduvieron por los amplios y silenciosos pasillos del vasto edificio sanitario hasta encontrar una puerta en la que podía leerse sobre el blanco fondo la inscripción de «Laboratorio».

La puerta estaba cerrada y como ofreciera resistencia a los repetidos empujones de Ted, el comandante Brown desenfundó la pistola Folster con el propósito de disparar contra la cerradura.

—Aguarde, no quiero correr la eventualidad de que el proyectil destroce algunos de los aparatos del interior. Carguemos contra la puerta.

Ambos jóvenes se retiraron unos pasos y, como si estuvieran sincronizados, se lanzaron conjuntamente con todas sus fuerzas contra la puerta. Al tercer intento hicieron saltar la cerradura y penetraron atropelladamente en el laboratorio motivado por el fuerte impulso de su embate.

Ted estuvo inspeccionando detenidamente la instalación y, al encontrarse rodeado del ambiente que le era tan familiar y habitual,

olvidó por un momento la pesadilla que estaban viviendo.

Después, sacando los cabellos y el algodón impregnado con la sangre del hombre rojo los manipuló con unos ingredientes y tubos de ensayo que asía de distintos estantes. Luego, tomó asiento frente a un potente microscopio óptico binocular y estudió con atención varias de las pruebas previamente preparadas y, anonadado, al concluir giró el sillón rotatorio hasta quedar de cara al impresionado militar para darle cuenta de los resultados obtenidos:

—Brown, casi me inclino por su hipótesis de que los hombres que he matado no son terrestres. El plasma sanguíneo es diferente del nuestro y carecen absolutamente de leucocitos. En cuanto a los glóbulos rojos, semejantes a los de nuestra sangre, vienen a tener el doble tamaño de los hasta ahora conocidos. Tales diferencias deben implicar, por tanto, un sistema funcional también distinto.

—Ya no podemos dudar de la presencia de habitantes de otro mundo en la Tierra, Trombidge. Basándonos únicamente en la estructura de sus naves espaciales aún podría vacilarse en hacer una aseveración categórica, pero con los datos concretos de los resultados que ha obtenido usted, más que una torpeza, cometeríamos una locura al persistir en no querer aceptarlo. Debo informar inmediatamente al general Lane.

Ted, sumamente pálido, comprendió que al comandante Brown le asistía la razón.

—¿Qué podremos hacer cinco personas solas contra quién sabe el número de esas gentes que técnicamente están más avanzadas que nosotros? —preguntó el biólogo sin haberse recobrado del estupor producido por su descubrimiento.

—Con toda probabilidad habrá más supervivientes de la matanza ocasionada por esos asesinos. Debemos hallarlos y organizarnos para pagarles con la misma clase de moneda: ¡exterminio total!

—¡Exterminio total! —murmuró Ted como un eco.

—Sí, y sin misericordia… como ellos no la tuvieron para con nosotros.

Una vez estuvieron nuevamente reunidos en la espaciosa cueva, Ted Trombidge tendió a la médico, soviética la ficha que había rellenado antes de abandonar el laboratorio y le preguntó:

—Doctora, ¿qué opina de este análisis de sangre?

La joven lo estudió detenidamente y luego, con toda sinceridad, replicó:

—Es un disparate del principio al fin. Ningún análisis de sangre puede dar semejantes resultados.

—Puedo asegurarle que está hecho a conciencia.

—Pues quien lo hizo no tenía la menor idea —manifestó Dunia leyendo de nuevo los datos contenidos en la ficha que tenía en la mano—; ni siquiera un principiante podría haber anotado tales atrocidades.

—Gracias —contestó algo molesto Trombidge.

La joven se percató inmediatamente del tono ligeramente desabrido de Ted y comprendió que el autor de análisis con resultados tan desconcertantes había sido aquel joven larguirucho que la observaba con mirada penetrante, el cual, si no recordaba mal, estaba doctorado en la especialidad de biología.

—No era mi intención ofenderlo, camarada, pero comprenda, el resultado es totalmente insólito.

—Ya lo sé. Es más, reconozco que puede contener algunos errores, pero serán tan insignificantes que no lo harán variar sustancialmente. Para su conocimiento le diré que corresponde a la sangre de uno de los rojos individuos que el comandante Brown ya explicó habíamos dado muerte.

La expresión del rostro de la doctora soviética cambió en el acto. Con voz trémula susurró:

—Luego, el comandante tenía razón. ¡No son humanos!

—En apariencia física sí, salvo en el color.

—¡Pero su análisis demuestra lo contrario! ¿De qué parte pueden provenir? Una raza con tales características no hubiera podido pasar inadvertida durante tantos millones de años por mucho que se hubieran ocultado.

—De otro planeta.

—¡Y nos reíamos de las conjeturas de que hubieran otros mundos habitados! —musitó con manifiesta congoja.

—No desespere, Dunia, la Tierra nos pertenece desde el principio de la creación y ninguna raza procedente de otro planeta, por muy poderosa que sea, jamás, por ley natural, podrá arrebatárnosla. Los venceremos y con el transcurso de los años volverá a poblarse por sus legítimos poseedores. Nosotros ya no lo

veremos, solo seremos unos eslabones en esta continuidad, pero tenga la seguridad, de que será como yo se lo pronostico.

Y entonces sucedió lo impensado. La joven doctora rodeó con los brazos el cuello de Ted e inclinando la cabeza sobre el pecho del hombre lloró silenciosa y amargamente.

—Yo te protegeré, pequeña —dijo con firmeza Ted a la par que, dejándose dominar por un inesperado arrebato, le besaba amorosamente los rojos labios.

—Esto está bien, muchachos —exclamó de pronto la voz de Waltreig—; es el mejor augurio de una próxima felicidad para todos.

Entretanto, el comandante Brown en compañía de Ángela, con la cual había congeniado desde el primer momento del encuentro entre ambos grupos de terrestres, estaban en el interior de la astronave informando detalladamente al triunvirato de generales, que permanecían establecidos en las bases lunares, de los últimos acontecimientos ocurridos y de la presencia ya indudable de seres extraterrestres.

Inmediatamente después de recibidos los espeluznantes informes, los servicios de categoría se pusieron a trabajar sin descanso y a las pocas horas entregaban un detallado estudio de las localidades donde, debido a su altitud o situación en las zonas de la división geográfica convencional del planeta, pudieran acaso encontrar posibles supervivientes de la gran catástrofe. A partir de aquel momento, se iniciara la llamada «operación búsqueda» llevada a cabo por seis cosmonaves convenientemente pertrechadas.

Aquella extraña raza que se había propuesto ocupar la Tierra, tras inverosímil destrucción de todos los seres vivos que la poblaban, habían cometido un grave error al no cortar la fuente que suministraría la fuerza que pasaría al feroz contraataque.

* * *

Dos días después…

Mientras el comandante Brown repasaba concienzudamente los motores del suspomóvil, con el objeto de emprender otro viaje de investigación a través del extenso territorio para averiguar los posibles lugares donde se habían asentado aquellos implacables destructores del género humano, Ángela, que no cesaba de mirar en

todas direcciones con la ayuda de unos prismáticos de gran alcance, exclamó alborozada:

—Roan, Ted, venid… Hay más supervivientes. Un tanque se dirige a gran velocidad hacia Massinger.

Tan pronto acabó de pronunciar aquellas palabras sintió cómo una poderosa mano se posaba en su brazo y cómo la retiraban de la abertura de la gruta sin ninguna delicadeza.

—Ocúltate, Ángela —dijo Ted a la par que la soltaba—; veamos primero quiénes son.

Y cogiéndole los prismáticos se acercó de bruces a la entrada de la cueva y atisbó con sumo cuidado en dirección al lugar indicado por la joven.

Después, entregó el instrumento óptico al comandante Brown que, asimismo se había tumbado al suelo junto a él.

—¿Qué opinas, Roan? —interrogó con un susurro como si temiera ser oído por los ocupantes del móvil que Ángela llamó tanque.

—Jamás he visto nada igual. Es una rara mezcla de auto y tractor oruga. Aseguraría que no se trata de un vehículo de los nuestros —contestó de manera categórica el mayor.

—Pienso lo mismo.

El comandante Brown, que no había dejado de observar el desconocido vehículo, después de un corto silencio preguntó a su compañero:

—¿Crees que han localizado nuestro escondrijo?

—No lo sé. Lo único que puedo decirte es que no nos cogerán desprevenidos —replicó Ted Trombidge con fiereza.

Entretanto, el veloz vehículo había penetrado ya en la localidad de Massinger y las edificaciones lo habían ocultado de la vigilancia de que era objeto por parte de los humanos, quienes, convenientemente armados con pistolas Folster, no dejaban de acechar los accesos a la cueva prestos para defender sus vidas.

Los minutos transcurrían con lentitud desesperante, mientras el nerviosismo de las cinco personas que aguardaban angustiosamente iba en aumento ante la incertidumbre de cuál sería la futura actuación de los visitantes al pueblo y a los que suponían seres de roja epidermis.

Un minuto más, dos tres… Hasta otros quince de interminable

espera.

—Todavía están en la aldea, Ted.

—¿Quieres que vayamos a cazarlos?

—Sería descubrirles nuestro escondrijo.

—Hay otro pueblo a unos diez kilómetros. Podríamos trasladarnos allí y emitir cualquier mensaje a fin de que nos localizaran. Si ha sido esta la causa de buscarnos en Massinger y acudieran entonces, podríamos intentar destruirlos favorecidos por el factor sorpresa.

—No hablemos más. ¡Adelante! —replicó Roan sin haber perdido las ansias vengadoras de aniquilar a todos cuantos seres de aquella desconocida procedencia le fuera posible.

Mientras Waltreig ocupaba el puesto de vigilancia con la ayuda de los potentes prismáticos y las dos mujeres, con singular entereza, estaban dispuestas a defenderse, Ted y el comandante Brown abandonaron la cueva con grandes precauciones para dirigirse, mediante un rodeo, a la localidad destinada a tender la emboscada a la reducida fuerza, que, probablemente, estaría registrando todas las edificaciones de Massinger.

Afortunadamente, cuando llevarían andando aproximadamente unos treinta minutos, encontraron un suspomóvil detenido en mitad de la carretera junto a la cual proseguían incansablemente la rápida marcha.

Con decisión, Ted abrió la portezuela del vehículo y sacó el cadáver reseco del conductor derribado sobre el asiento. Luego, lo depositó piadosamente en la cuneta no sin rechinar:

—Otra de tantas inocentes víctimas a las que hay que vengar.

Después, regresó nuevamente al moderno auto, dio el correspondiente contacto y tan pronto como los fuertes chorros de aire levantaron al vehículo del suelo, dijo a su compañero en tono ingenuo:

—Sube, Roan. Hemos de apresurarnos a hacerles abandonar Massinger, no sea que al no encontrarnos busquen también por los alrededores y hallen a Waltreig y a las chicas.

Tan pronto como llegaron a la meta de su objetivo, Roan hizo uso del pequeño transmisor y empezó a emitir diversos mensajes en distintas longitudes de onda con la doble intención de poder ser escuchado por algún ocasional oyente y a la par ser localizado por

los posibles centros de escucha de los hombres rojos.

Una vez concluido su cometido, ambos jóvenes penetraron en distintas casas situadas frente a frente con la esperanza de que los miembros de aquella extraña raza cayeran en el ardid.

La treta dio el resultado apetecido. Indudablemente, aquellos raros seres de configuración humana localizaron de inmediato el lugar de donde partían las emisiones radiofónicas, por cuanto, minutos después, apareció el desconocido vehículo que paró bruscamente junto al suspomóvil utilizado por los dos jóvenes terrestres.

Casi de inmediato sonaron varias detonaciones y los proyectiles se estrellaron ruidosamente en la carrocería metálica del móvil semejante a un carro de combate.

Como, después de las nutridas descargas transcurriera el tiempo y los posibles ocupantes no dieran señales de vida, Ted Trombidge, impaciente y vencido por los nervios, abandonó el escondite desde el cual había disparado y precavidamente, empuñando en la diestra la pistola Folster, se acercó con lentitud a la masa metálica con el objeto de rematar su obra destructiva.

De pronto, y cuando estaba únicamente a unos pocos metros de distancia, emergió del vehículo un rayo violáceo y le dio de lleno en el cuerpo. Ted sintió la fugaz sensación de millares de finas agujas clavándose en sus carnes y luego… nada más. Ni siquiera se percató de que caía desplomado sobre el pavimento de la calle.

Inmediatamente, se abrió una puerta lateral en la carrocería y dos hombres de manos y rostros rojos, con blanca y fosforescente indumentaria, descendieron rápidamente y sin perder un instante, asieron a Ted por los sobacos y piernas, y lo introdujeron en el interior del auto-oruga, sin que Roan se atreviera a abrir fuego sobre ellos por temor de alcanzar con algún disparo al cautivo, en el improbable de que estuviera solamente herido.

De nuevo se hizo el sepulcral silencio en aquella aldea desprovista de toda actividad, pues el comandante Brown, sudando copiosamente, desde su puesto y sin dejar de observar la posible salida de alguno de los hombres rojos, se abstuvo de hacer nuevos disparos ante la imposibilidad de atravesar la considerable protección blindada de los captores del biólogo.

Cerca de veinte minutos más de angustioso acecho en espera de

la oportunidad de poder liberar al compañero, en el supuesto de que la descarga violácea no hubiera acabado con su vida.

Y de improvisto, el auto-oruga emprendió la marcha alejándose con inusitada velocidad, dejando al comandante Brown sumido en una total desesperación.

Capítulo VI

CUANDO TED Trombidge fue recobrándose lentamente y los sentidos corporales fueron adquiriendo mayor percepción, dirigió la mirada alrededor. Se hallaba tumbado sobre el piso de una suntuosa habitación decorada al gusto terrestre, a tenor de los cuadros que colgaban de las paredes y del mobiliario de la misma. A medida que aumentaba la lucidez de sus facultades mentales continuó con su metódica observación y fue entonces cuando advirtió la presencia de cinco humanoides que no cesaban de mirarlo con suma atención.

—¡Levántate! —ordenó uno de ellos con voz en extremo gangosa.

—¡Cáspita! —exclamó maravillado Ted al escuchar una palabra bien definida en su propio idioma.

Y acto seguido, su primer gesto fue palparse el pecho reparando, con asombro, en que estaba ileso.

El humanoide también se percató del superficial examen que realizó el prisionero porque inmediatamente, con tono de manifiesta superioridad, aclaró:

—No estás herido, hombre de la Tierra, únicamente lanzamos contra ti una descarga del rayo paralizante. Y ahora, levántate —ordenó por segunda vez, mientras otros tres no cesaban de apuntar en dirección a Ted los artefactos que empuñaban.

—¡Cáspita! ¡Pero sí hasta hablas en inglés! —repitió aún más maravillado, si cabe, olvidándose momentáneamente de la comprometida situación en que se hallaba al haber sido hecho prisionero por aquellos seres.

—¿Tanto te sorprendes, hombre terrestre, de que conozca vuestro idioma?

—En verdad, sí.

—Si tuvieras la fortuna de vivir, aún te maravillarías más de nuestros grandes conocimientos en relación a vuestra incipiente civilización —replicó fríamente el humanoide pronunciando lo que era la sentencia de muerte de Ted.

Luego, se dirigió a uno de los captores que, luciendo un sol encarnado bordado en mitad del pecho sobre el fosforescente ropaje, estaba sentado con una pierna sobre la otra en una cómoda butaca del salón de recepción de un hotel, y sostuvo con él una larga conversación en tono sumamente gutural. Una vez terminado el largo diálogo, volvióse nuevamente hacia Ted e interrogó:

—¿Cuántos terrestres quedan aún con vida?

—Únicamente los que dejasteis vosotros después de la inhumana matanza —replicó destempladamente Ted, conocedor de que su fin estaba próximo—. ¡Y hace un momento blasonabas de vuestro superior adelanto con respecto a nuestra civilización! ¡Será en criminalidad!

—¡Cállate!

Ted miró al humanoide que lo interrogaba y únicamente pudo percibir un mayor enrojecimiento en sus pupilas, señal de que estaba iracundo por la dura reconvención de que fuera objeto por parte de su prisionero.

Pasaron unos segundos de embarazoso silencio durante los cuales Ted meditó el pro y el contra de la posibilidad de atacarlos por sorpresa e intentar la fuga, pero la constante vigilancia de los tres hombres rojos armados le hizo desistir de lo que sería un intento suicida. Decidió pues esperar a que la suerte le deparara una mejor ocasión.

—Terrestre, acabo de hacerte una pregunta. Si no contestas serás fulminado al instante. ¿Cuántos de tus congéneres quedan aún con vida?

—No puedo contestarte por la sencilla razón de que lo ignoro igual que vosotros.

—¿Cuándo supiste por primera vez de nosotros?

Ted Trombidge meditó unos momentos y luego, procurando dar a sus palabras un tono de indudable veracidad y que pondría

provisionalmente a sus compañeros a salvo, replicó:
—Cuando, inesperadamente, atacasteis a mi nave espacial.
El humanoide tradujo la contestación al del sol bordado en el pecho, el cual, después de escuchar atentamente, dio al intérprete nuevas instrucciones.
—Tú la destruiste, ¿verdad?
—¿Acaso no intentaron ellos hacer lo propio conmigo? —contestó con otra pregunta Ted.
—En aquella ocasión menospreciamos vuestro poderío, pero te aseguro que jamás volverá a ocurrir.
—¿Lo crees así? —preguntó con sorna Ted al observar que la derrota que les había imprimido el comandante Brown, cuya personalidad suplantaba, molestaba ostensiblemente al hombre rojo.
—Sí.
—¿Y qué me dices de la segunda astronave que también destruí cuando me perseguía desde el aire y se posó en el suelo, a fin de que dos de sus tripulantes me eliminaran?
—Tu vanagloria me produce satisfacción, terrestre, pues en principio se creyó que erais varios los grupos que nos oponíais resistencia. Afortunadamente has sido tú solo y ya, pronto, no vas a causarnos más molestias.
—Estás completamente equivocado. Tenemos, y bien lo sabéis, un ejército establecido en las bases montadas en nuestro satélite convenientemente preparado para repeler cualquier clase de ataque.
—El tiempo se encargará de ellos. ¿Quién va a suministrarles los elementos más esenciales como son los comestibles? Además, en el instante en que vuestras escasas naves espaciales se atrevan a intentar un ataque serán destruidas por las nuestras, mucho más perfectas.
—¿Sabes el significado de la palabra «profeta»?
—Sí.
—Pues bien, aunque yo no lo soy, te aseguro que jamás poseeréis la Tierra que nos fue dada por el Creador, desde hace millones de años, para que la habitáramos hasta la consumación de los siglos.
—¿Y quién va a impedirlo? —replicó el humanoide con una grotesca mueca que quería ser una sonrisa de burla.

—No lo sé, pero alguien será dotado de poderes suficientes para conseguirlo cuando menos lo esperéis.

—¡Estás loco!

—Pero no soy un criminal como tú.

El humanoide pegó con todas sus fuerzas una bofetada al rostro de Ted, quien, debido a su profesión observaba por instinto los menores detalles, se percató de que aquel ser poseía escasa fuerza física. Por un instante, la ira se apoderó de él y quiso repeler la agresión, mas, al levantar el brazo para devolver el golpe se contuvo a tiempo viendo en la mirada de los guardianes armados la decisión de disparar sobre él.

El humanoide, tras mirar con enrojecidos ojos al recién abofeteado terrestre, diole despectivamente la espalda y se puso a hablar con el gutural idioma con el que, aparentemente, era el jefe de la pequeña tropa a fin de informarle del resultado del interrogatorio que hiciera al cautivo.

De pronto, a Ted, a través de uno de los amplios ventanales del salón, le pareció tener la fugaz visión de la parte superior de una cabeza de blanca frente y cabellos castaños. Por un instante lo atribuyó a su excitación, pero a continuación su mente analizadora le hizo comprender de que efectivamente había visto unos ojos de pupilas no encamadas que atisbaban rápidamente para desaparecer segundos después.

Sintiendo sobre el pecho los fuertes latidos del corazón, que incluso le repercutían como toque de tambor en las sienes, Ted Trombidge abrigó una esperanza: la de la llegada de un probable liberador.

Mientras el intérprete continuaba dando la información al humanoide que ostentaba el visible distintivo, su cerebro trabajaba velozmente. Tenía que conseguir a toda costa que la indudable sentencia de muerte que pesaba sobre él se retardara al máximo para dar tiempo a que, de no haberse engañado, el posible humano pudiera actuar.

—¡Escucha, ser que hablas mi idioma! —gritó de súbito Ted.

Su intento dio el resultado apetecido, puesto que de inmediato atrajo hacia él la atención de los captores.

—¿Qué quieres?

—Hacer un trato contigo.

—Habla —replicó escuetamente su interlocutor con tono autoritario.

—Si prometes respetar mi vida voy a revelarte secretos muy importantes para la seguridad de tu pueblo.

—Eres un tonto, terrestre. No vamos a establecer ningún trato contigo y además vas a revelarlo todo de inmediato.

—¿Y si me niego? —preguntó Ted con el desesperado intento de prolongar la conversación.

—Eres un necio al igual que lo fueron todos los habitantes de tu explaneta. Nos bastará con anular tu voluntad para…

De pronto, Ted, que no dejaba de observar atentamente, al ver la sorpresa reflejada en los ojos de los guardias armados se lanzó sobre el hombre que lo interrogaba, derribándolo al suelo. Al mismo tiempo sonaron claramente dos, tres, hasta siete detonaciones sucesivas.

El momentáneo titubeo y el efecto de los tiros fue fatal, pues poco después de aquellos seres rojos únicamente quedaba con vida el que se debatía débilmente con Ted. Este, de un demoledor derechazo en el mentón, se deshizo de su antagonista dejándole completamente noqueado.

Ted se levantó y contempló los rostros de las cuatro personas salvadoras que, empuñando aún las mortíferas pistolas Folster, permanecían en el mismo lugar desde donde dispararan. En las facciones de Waltreig y en las de Ángela se leía el horror que les producía la presencia de los mutilados cadáveres de los rojos humanoides. En las del comandante Brown la serenidad y muda satisfacción del militar que ha ganado una batalla y en las de Dunia una alegría tan manifiesta, que se tradujo en incontenibles hechos cuando fue corriendo hacia Ted y le rodeó el cuello con los brazos a la par que lo besaba apasionadamente.

—Hemos llegado a tiempo, amor mío —decía una y otra vez Dunia, entre besos y sollozos, sin dejar de apretarse al hombre amado.

—Waltreig —sonó la voz del mayor—, sería conveniente que montara guardia en el exterior.

—Al momento.

Y como Ángela hiciera ademán de seguir en pos de su padre, Roan, asiéndola por el brazo, la detuvo con suavidad.

—Espera, no he querido que tu padre viera lo que va a suceder.

—¿Qué es? —preguntó todavía trémula Ángela.

—Esto —replicó el mayor Brown atrayendo hacia sí a la joven y besándola amorosamente con no menos ardor que Ted y Dunia.

Pasada la efusión en aquellos seres, que las insólitas circunstancias de sus respectivas vidas había reunido y hecho enamorar, fue la médico soviética la primera en volver a la trágica realidad

—Ted, ¿qué haremos con ese que aún está vivo?

—He de conversar un rato con él. Puede que nos aclare todo el misterio que encierra su procedencia.

—¿Conversar con él? —fue la pregunta que brotó al unísono de tres pares de labios.

—Sí, ese tipo conoce nuestro idioma a la perfección; ya os daréis cuenta. Entretanto, decidme: ¿cómo habéis hallado tan pronto mi paradero y, ni que decir tiene, cómo habéis llegado en el preciso momento en que, indudablemente, iba a consumarse mi ejecución?

—Tuvimos mucha suerte —contestó Roan tomando la iniciativa de la explicación.

* * *

Tan pronto como Ted y Roan partieron con el objetivo de sorprender a sus perseguidores para proseguir con la implacable misión que se habían impuesto de llevar a la práctica la milenaria y vengativa Ley de Talión y dar muerte a todos de cuantos aquellos seres conquistadores de la Tierra les fuera posible, Waltreig se tendió en el suelo y, asomando únicamente la cabeza, continuó con la vigilancia que le había sido encomendada.

Pese al tiempo transcurrido y al frío que atería todos sus miembros, el hombre permaneció sin moverse atento al menor movimiento que se produjera en el gran complejo turístico y que dominaba perfectamente desde su elevado puesto de observación.

—El tanque abandona Massinger y va en dirección a Duca; ha pasado exactamente como planearon esos muchachos. ¿Qué ocurrirá ahora?

—Confiemos en la Providencia, padre.

Después de hacerse nuevamente el silencio entre los ocupantes de la cueva, Waltreig, relevado de su puesto por la doctora

soviética, se escanció una buena cantidad de whisky y se lo bebió de un solo trago con la intención de que el alcohol ingerido le hiciera entrar en reacción.

Tras otra continuada espera, que a los tres les pareció interminable, Dunia dio la novedad con voz en la que se adivinaba una indefinible congoja.

—Ya vuelven a Massinger.

Por la tristeza de las palabras de la mujer, Waltreig no tuvo necesidad de preguntar quiénes eran los que había avistado la rusa. Como viera las lágrimas que se deslizaban por las mejillas de su hija, procurando disimular sus emociones para no aumentar más la pena y el temor de las dos jóvenes que ahora únicamente contarían con él, de no recibir ayuda de las bases de la Luna, intentó infundirles una esperanza que estaba muy lejos de sentir.

—No desesperéis; tal vez no han logrado encontrarse en medio de tanta desolación.

—Ojalá fuera así, padre.

—Quiero recordarte las palabras que tú pronunciaras antes, hija: confiemos en la Providencia.

Mientras, Dunia sin intervenir en la conversación por llevar un cauce totalmente desconocido en sus enseñanzas ideológicas, permanecía tumbada en el suelo sin abandonar su constante vigilancia.

—Estarás cansada, Dunia. ¿Quieres que ocupe tu puesto? —preguntó solícita Ángela confortada por las últimas palabras de su padre.

—Estoy más acostumbrada que vosotros a las rigurosidades del frío y tal vez a las incomodidades; cuando lo precise, ya te avisaré.

En realidad, la intención de la doctora soviética era permanecer en su puesto para estar sola y no mostrar las emociones que como mujer, pese a haber sido educada en un ambiente donde los sentimentalismos eran tenidos como signo de debilidad, sentía por la pérdida del hombre, del cual, ahora lo sabía con certeza, se había enamorado.

Tras nueva y prolongada angustiosa espera, Dunia enfocó súbitamente los prismáticos en otra dirección y mantuvo fija la atención en un punto lejano que lenta y cautelosamente se acercaba por la derecha. Con voz que había perdido por completo la

serenidad, quebrantada por un contenido sollozo, manifestó:

—El comandante Brown se está acercando.

—¡Gracias, Dios mío! —fue la espontánea exclamación de Ángela.

—Pero con él no viene el camarada Trombidge —puntualizó doliente y con un involuntario reproche que Ángela había dado muestras de experimentar.

—No tardará en hacerlo, muchacha —intervino con dulzura Waltreig al adivinar el decaimiento de la joven rusa—; posiblemente han marchado por distintos caminos, ya lo verás.

Cuando el mayor Brown penetró en el refugio, derrengado y con el rostro lívido, las primeras palabras que pronunció fueron tan escuetas como terribles.

—Creo que han matado a Ted Trombidge.

—¿Crees, camarada? ¿Por qué no te cercioraste de ello? —replicó de inmediato Dunia con manifiesta reprobación.

—No pude hacerlo. Ted, después que hubimos tirado repetidas veces, se acercó al tanque de aquellos repugnantes bichos y le dispararon unos rayos de color violeta que lo derribaron al suelo. Al instante salieron dos hombres rojos del auto blindado y, después de recoger su cuerpo, volvieron a entrar precipitadamente…

—¿Y por qué no lo impediste? —interrumpió Dunia con rudeza, a consecuencia del pesar que la consumía.

—Actuaron tan aprisa que tuve miedo de que alguno de mis disparos pudiera darle a él.

—Si estaba muerto ¿qué importancia hubiera tenido? Al menos así, su asesinato hubiera quedado vengado.

—No tengo la certeza de su muerte, ya lo dije. Puede que únicamente estuviera herido.

—Es posible que te asista la razón —comentó Dunia meditabunda—, ¿qué interés podrían tener en llevarse el cadáver de Ted si los tienen a millones por doquier?

—La conjetura de Dunia entra de lleno en la posibilidad de que Ted no esté muerto —intervino el hombre de negocios, para repetir seguidamente la argumentación de la joven—: ¿Para qué el empeño de llevarse su cadáver exponiéndose, incluso, a salir del tanque cuando, por desgracia, hay tantos miles esparcidos por todas partes?

—Habremos de averiguar dónde lo llevaron y, de conseguirlo,

rescatarlo cuanto antes; pero, ¿cómo podremos iniciar las pesquisas para saber el lugar?

—Están en Massinger, mayor —replicó con firmeza Dunia.

—¿Estás segura?

—Si no se han ausentado durante estos últimos minutos que hemos descuidado la vigilancia, sí.

—Entonces, voy a bajar al pueblo, y conseguiré liberarlo o moriré en el intento.

—Yo te acompañaré, Roan.

—No, Dunia, iré solo.

—Siento desobedecerte, pero a mí, sin él, ya no me importa vivir o morir.

—Seremos todos quienes acudamos en ayuda de Ted —intervino Waltreig, interrogando con la mirada a su hija que afirmó con una inclinación de cabeza.

—Pero…

—No hay pero que valga, comandante —replicó con inusitada firmeza Waltreig—; estamos luchando contra unos demonios usurpadores y asesinos por naturaleza y nadie debe quedar al margen de la contienda.

—En este caso, no perdamos más tiempo, vayamos allá.

Capítulo VII

—Y ya dispuestos a todo, bajamos a Massinger, donde la suerte quiso que encontráramos estacionado frente a un hotel al vehículo de los hombres rojos. Miré por uno de los ventanales, te vi… y el resto ya lo conoces —concluyó su narración el comandante Brown.

De pronto, Ted, que había escuchado con atención la explicación de Roan, saltó vertiginosamente en dirección al único humanoide que permanecía con vida y en el justo momento en que había desenfundado el arma, que, a semejanza de los terrestres, llevaba colgando de una funda sujeta a una ancha correa rodeándole la cintura, le propinó una fuerte patada en el pecho; seguidamente le pisó la muñeca que aún sostenía el mortífero artefacto.

Tan pronto el rojo invasor recibió el impacto del pie de Trombidge emitió un grito tan gutural que más bien pareció el bramido de un animal mortalmente herido que el quejido de un ser humano, perdiendo por segunda vez el conocimiento.

Al observar la sangre de color escarlata saliendo por la comisura de los labios del golpeado, Dunia, impulsada por su vocación profesional que no hacía distingos entre razas cuando de un herido se trataba, se arrodilló junto a él; mas, al recordar el insólito resultado del análisis de aquella sangre hecho por Ted, quedó perpleja sin saber qué determinación tomar.

E hizo lo único que las circunstancias le aconsejaban.

—Ángela, busca algún aseo y tráeme, si te es posible, una toalla empapada de agua.

Al contacto con la frigidez de la húmeda telliza sobre la frente y sienes, el humanoide abrió los ojos. Al observar que había vuelto en sí, Dunia, limpiándole la sangre de la boca y con el tono convincente que el médico emplea para con el enfermo, le susurró:

—No te muevas, estás herido. ¿Me comprendes?

El rojo ser no contestó, pero la médico soviética al captarle la mirada de entendimiento prosiguió:

—Soy médico y quisiera curarte, pero no dispongo de medios adecuados. Además, he realizado una exploración superficial de tu tórax y he comprobado que al diferir tu constitución de la nuestra no sabría hacerlo.

Fueron las palabras sinceras de Dunia y el gesto cariñoso de limpiarle a menudo los labios lo que, indudablemente, hicieron descubrir una nueva faceta en los habitantes del planeta que su pueblo había aniquilado, porque, con esfuerzo, el herido manifestó:

—¿No tenéis intención de matarme?

—Jamás lo hacemos con ningún herido, aunque sea nuestro más encarnizado enemigo.

—Tal vez los terrestres no sois tan perversos como creímos.

—Escucha —tomó parte Ted en la conversación—, nosotros no podemos hacer nada por ti; ya has oído la opinión de la doctora. Pero puede que exista alguna posibilidad de que los médicos de tu raza te curen. Por tanto, vamos a transportarte a tu vehículo. Llámalos para que acudan en tu auxilio. A cambio de ello, únicamente te pido que nos deis tiempo para huir.

—Eres generoso, terrestre, muy generoso. Pero tu intento sería vano. Sé que voy a morir.

—Hemos de marchar cuanto antes, pues los tuyos nos persiguen como si fuéramos alimañas. Antes de que lo hagamos, dime: ¿podemos hacer algo por ti?

El herido quedó pensativo y, con la mente sin prejuicios al encontrarse frente a una próxima muerte, juzgó los hechos acaecidos de manera muy distinta.

—Sé que la guerra entre mi pueblo y los escasos supervivientes del tuyo continuará hasta que vuestro exterminio sea total, mas, ahora tengo la duda de si no juzgamos erróneamente vuestra manera de ser actual y obramos con precipitación.

—¿Por qué atacasteis la Tierra tan despiadadamente,

provocando una intensidad calorífica que destruyó todo vestigio de vida? —preguntó el comandante Brown, terciando por primera vez en la conversación pasado el asombro temporal de oír hablar en inglés al rojo individuo, con la intención de conseguir toda la información posible al ver que la vida del moribundo se extinguiría de un momento a otro por la pertinaz, aunque débil, hemorragia qué no cesaba.

—Puedo explicaros los motivos. Nuestro pueblo habitaba Artrex, astro del sistema planetario de la estrella que vosotros denomináis Delta, de la constelación de Géminis, muy semejante en su estructura tanto física como atmosférica a la de la Tierra. Desde hace muchos siglos, nuestro mundo se ha ido convirtiendo en un erial plagado de terremotos y volcanes en erupción que emergen por doquier arrasando ciudades y más ciudades, en el cual, incluso, se están secando las aguas de los mares a consecuencia de que las lluvias hace cientos de años que escasamente se producen. Para poder conservar nuestra supervivencia la única solución era buscar un planeta en el cual pudiéramos adaptarnos. En nuestras continuas y largas exploraciones por el espacio encontramos la Tierra…

El humanoide jadeó y luego permaneció callado. La larga explicación lo estaba agotando ostensiblemente. Luego de un descanso y de que Dunia continuara prestándole los superficiales cuidados, continuó:

—Dadas las precarias condiciones en que vivíamos, nuestra población fue reduciéndose tanto, que en la actualidad escasamente quedan unos cientos de miles de habitantes. El éxodo era ya un imperativo y no podía retrasarse más el abandono de nuestro planeta. La imperiosa necesidad de trasladarnos a millones y millones de kilómetros fue el acicate que hizo progresar la astronáutica hasta el extremo que después de mucho empeño y titánicos esfuerzos en la construcción de nuestras naves espaciales, iniciamos la empresa de conquistar la Tierra…

Como quedara nuevamente callado, Ted aprovechó la coyuntura para manifestar su opinión:

—Pero no era necesario hacerlo de manera tan horrenda. Tú hablas nuestro idioma, aunque no comprendo cómo has podido lograrlo. Si os hubierais puesto en contacto con los gobiernos de las Naciones de la Tierra, con toda seguridad se os habría dado

amparo.

—Hace muchos años venimos estudiando vuestras costumbres y, merced a la ayuda que nos proporcionaron hombres de vuestros pueblos a los que secuestramos en varias ocasiones, no solo conocemos las lenguas más habladas como el inglés, el español, el ruso, el chino y otras de menor importancia, sino también vuestras dispares ideologías. Sabemos que la convivencia con vuestras razas es imposible. La parte del planeta en que precisamente estamos ahora estuvo antaño poblada por unos hombres muy semejantes a nosotros en el color y a los cuales, por tal razón, llamaban pieles rojas. A pesar de ser vuestros semejantes los matabais despiadadamente por el mero hecho de tener diferente color, de modo tal, que de aquella numerosa población hoy quedan contados individuos…

—Pero esto ocurrió hace más de cien años y los pueblos de aquel entonces no poseían el actual grado de civilización.

—Ya dije que venimos estudiándoos hace cientos de años… —replicó el humanoide con voz cada vez menos audible.

—Así pues, ¿cuántos años podéis vivir? —preguntó extrañado Roan.

—Aproximadamente nuestra vida tiene la misma duración que la vuestra.

—En tal caso, es imposible que hayáis podido llegar de un planeta tan distante. Hubierais perecido todos.

—¿Ignoras que existe una ley fundamental según la cual el tiempo y el espacio guardan una relación constante progresivamente decreciente en razón a un aumento de velocidad?

—No, pero aunque hubieseis conseguido alcanzar la velocidad de la luz…

—La… hemos… sobre… pa…

Y, con una bocanada de sangre, el humanoide expiró.

—Hemos perdido mucho tiempo. Deberíamos marcharnos antes de que acudan más tipos de esos para investigar la tardanza de sus compañeros —recomendó Ted.

—Trasladémonos a otro lugar para ocultarnos, pues, cuando descubran los cadáveres, a buen seguro no dejarán ni un palmo de terreno de estos alrededores sin inspeccionar —manifestó Dunia.

—Lo haremos en mi nave —corroboró el militar.

—Pero antes dispara al pecho de ese pobre diablo, Roan. No conviene que descubran que su muerte no fue instantánea, podrían sacar lógicas deducciones.

Y tras cumplir el macabro encargo, abandonaron el *hall* del hotel después de haber conseguido la tercera pequeña victoria en su lucha contra los artrexitas.

La astronave volaba a una altura de cinco mil metros y con una velocidad de crucero en un continuado rumbo norte.

Los cinco tripulantes, como si estuvieran de común acuerdo, guardaban el más absoluto silencio, teniendo fijos en la mente, con toda probabilidad, los mismos pensamientos acerca del incierto futuro que les aguardaba.

En realidad, ninguno observó cómo el piloto de la nave espacial escribía apresuradamente unas notas, cuando concluyó y se escuchó en el cerrado y reducido recinto su voz, todos tuvieron un sobresalto.

—Nave, operación Tierra llamando a base del satélite… nave operación Tierra llamando a base en el satélite…

—Informe —fue la pronta contestación que se escuchó.

—Solicito previa identificación.

—¿Qué demonios le ocurre, Brown? —sonó la voz inconfundible del general Lane.

—Perdone, señor, ha sido simple rutina. Voy a emitir informe —e inmediatamente comunicó—: Hemos localizado a un grupo de cuatro supervivientes en Massinger a quienes he instruido debidamente por no poder transportar en mi nave. Mi compañera quiere dirigir unas palabras a su esposo, ¿puede hacerlo?

—De acuerdo.

Seguidamente, Ángela leyó las notas previamente escritas por Roan, pronunciando una serie de palabras ininteligibles.

Una vez interrumpida la comunicación, el militar aumentó la velocidad de la nave e hizo que la proa iniciara un giro de noventa grados en dirección al oeste, ante la sospecha de que la reciente emisión había sido captada por los artrexitas, quienes atribuirían a los cuatro imaginarios supervivientes la muerte de los hombres rojos en el hotel de Massinger, y de que muy pronto el cielo azul sería cruzado de sur a norte por aquellas perfectas astronaves.

Entretanto, en las bases terrestres instaladas en la Luna y en el

despacho del general americano convertido en puesto de mando de la operación reconquista, los tres altos jefes militares escuchaban por tercera vez consecutiva la grabación del incomprensible mensaje.

—La doctora Dunia Yeneff no tiene marido, no es su voz, ni el idioma es ruso —comentó el general soviético.

—El informe está en clave, no hay duda, y quien lo radió siguió instrucciones del mayor Brown. ¿Por qué lo haría? —murmuró el general Lane visiblemente irritado.

—Sus razones tendrá —contestó el europeo.

—Pronto las averiguaremos —manifestó el teniente general Zurvanoff; haciendo uso del intercomunicador, ordenó—: Que se presente inmediatamente el capitán Igor Lagoki.

Minutos después, hacía acto de presencia un joven militar ruso de mirada vivaz e inteligente.

—Capitán, en esta grabación hay un informe en clave. Póngase a trabajar y descífrelo con toda urgencia.

—A la orden.

No habían transcurrido más de quince minutos cuando el capitán Lagoki obtuvo permiso para entrar en el despacho de sus superiores.

—¿Y bien? — interpeló Zurvanoff.

—No hay tal clave. Únicamente se trata de un truco muy ingenioso del americano…

Y antes de que pudiera continuar, después de un breve silencio, Zurvanoff le apremió:

—Continúe.

—Los cerebros electrónicos…

—Déjese de pequeños detalles, capitán.

—El americano, con toda certeza, escribió cuanto tenía que decir y luego, lo hizo leer, empezando por el final, las palabras al revés, es decir, en vez de pronunciar, por ejemplo, nave, se dijo: evan. Aquí está el mensaje completo correctamente ordenado.

Tres pares de ávidas manos hicieron el mismo ademán de asir el papel doblado que el capitán Lagoki tendía a su jefe.

—Gracias, Igor, puede retirarse.

Tan pronto como la puerta se hubo cerrado silenciosamente a espaldas del capitán de comunicaciones ruso, Zurvanoff leyó

despacio y en voz alta:

> «Los seres que han ocupado la Tierra proceden de un planeta, prácticamente inhabitable a consecuencia de constantes fenómenos sísmicos, situado en el sistema de la estrella Delta. Esta información la conseguimos de un moribundo de los tales que hablaba a la perfección nuestro idioma, conociendo también los de mayor difusión en nuestro mundo. Llevan varios siglos estudiando nuestras costumbres y tengo la seguridad de que se enteran al instante de todas nuestras comunicaciones; por tal razón he empleado este sistema. De haberme comprendido, ruego hagan lo propio hasta adoptar el sistema que los hombres rojos no puedan llegar a entendernos, pues, debido a la prodigiosa inteligencia de nuestros enemigos, pronto descubrirán mi engaño.

—Esta información es grave —manifestó el general Lane una vez oído el informe del mayor Brown—. Si esos demonios rojos nos entienden, conocerán los planes de reconquista que podamos formular en un futuro próximo. Además, si la expedición de la «operación búsqueda» continúa hallando grandes contingentes de seres vivos como ha ocurrido en Siberia, Alaska y en los destacamentos militares de los polos, sabrán sus exactos emplazamientos.

—Habrá que advertirles inmediatamente del peligro que corren de sufrir un ataque, en el supuesto de que tal contingencia no se haya producido ya, y cursarles instrucciones para que estén prestos a defenderse. Es de vital importancia para la continuidad de la raza humana el que no se pierda ninguna vida más.

—Según se desprende del escueto informe del mayor Brown —dijo el teniente general Zurvanoff después de escuchar a los dos aliados en la constitución del mando conjunto—, si los seres rojos no tienen la fortuna de descifrar el método empleado ignorarán que conocemos su facultad de entender nuestros idiomas. Posiblemente, si están a la escucha continua, como así parece ser, antes de

concluir su obra aniquiladora querrán conocer todas las posibles zonas habitadas y habrán retardado la acción para hacerlo simultáneamente a fin de conseguir una victoria más efectiva y al propio tiempo total. Por ello opino que poner directamente a nuestras gentes en antecedentes sería tanto como precipitar su destrucción.

—Zurvanoff —respondió Forrester—, aunque a los supervivientes se les haya informado de las causas que provocaron el fenómeno del enorme aumento de la temperatura y estén prevenidos contra los hombres rojos, están pendientes de nuestras instrucciones. Por ello, continúo manteniendo mi criterio de que deben ser advertidos de inmediato para que se concentren en otros lugares.

—Y yo pienso igual —replicó el teniente general ruso.

—Pero, si acaba de decir… —contestó estupefacto Forrester sin acabar de pronunciar la frase y mirando al ruso con manifiesto asombro.

—Perdonen, tal vez no me haya expresado bien. Estoy de acuerdo con usted, Forrester; pero no debemos hacerlo directamente sino a través del mayor Brown. Se le cursan las pertinentes instrucciones, utilizando provisionalmente el sistema por él ideado, indicándole que cuide de transmitirlas en persona; si usa la astronave, no le llevará mucho tiempo el trasladarse de una parte a otra. Con un poco de suerte, cuando los hombres rojos hayan descifrado nuestras órdenes, ya los nuestros podrán estar a salvo.

—Excelente idea, Zurvanoff.

—Gracias, camarada.

Y sin más dilación, redactaron unas normas concretas que, sin pérdida de tiempo, fueron radiadas al mayor Brown para su rápida ejecución.

Capítulo VIII

LA populosa ciudad de New York observada a vista de pájaro no parecía haber sufrido los devastadores efectos de la ola de calor. Por las anchas avenidas podía verse un continuo ir y venir de vehículos obedientes a las señales de circulación, y, mirando más atentamente, incluso podían verse por las aceras unos pequeños puntitos en continuo movimiento en distintas direcciones.

Pero, aproximándose más, el observador habría comprobado que los vehículos en circulación, por su estructura, le eran completamente desconocidos y que los puntitos que había divisado desde lo alto eran hombres cuyas partes del cuerpo dejadas al descubierto por sus vestiduras tenían un color rojo intenso. Y si tales circunstancias le hubieran asombrado, aún lo hubiera quedado más al no ver rastro alguno de hombre, mujer o niño de su misma raza.

Los artrexitas, tras una ininterrumpida y considerable labor de muchos días, habían hecho desaparecer de la gran metrópoli todo vestigio de los millones de cadáveres de los humanos que la poblaban. Después, se habían limitado a establecerse en la misma, aprovechando todas las ventajas que suponía la posesión de una gran ciudad con todos los servicios perfectamente organizados.

Los pobladores del planeta Artrex no diferían de los humanos en cuanto al establecimiento de clases sociales, puesto que las mejores edificaciones fueron destinadas a las altas jerarquías.

Y así, en una de las amplias y modernas oficinas de la urbe, ocupadas antes de la catástrofe por la central de una de las más

poderosas cadenas bancarias del país, los hombres rojos habían instalado las dependencias gubernamentales.

Sentado frente a una mesa de transparente material y enormes proporciones, un humanoide, con atuendo verde, está escuchando las palabras que otro de la misma especie, pero con un atavío blanco y un sol amarillo sobre el pecho, le dirige respetuosamente:

—Ninguno de nuestro equipo de conocedores de idiomas de los terrestres ha comprendido las últimas conversaciones radiadas.

—¿Habrán descubierto que los entendemos?

—No lo creo probable, ministro. ¿Cómo habrían podido averiguarlo?

—Recuerda que en la última expedición enviada para capturar al hombre de las emisiones, había uno de tus intérpretes.

—Pero fueron sorprendidos y muertos…

—Después de capturarlo —interrumpió el ministro.

—Me inclino a pensar que nuestro pequeño equipo fue eliminado por los terrestres que el humano de la cosmonave indicó a sus jefes haber hallado en el pueblo antes de que Rextro pudiera interrogar al prisionero.

—¿Y en qué te fundas?

—Tenían órdenes expresas de comunicar sin dilación las declaraciones que fueran obteniendo del terrestre y no lo hicieron.

El ministro quedó meditabundo unos momentos.

Después, y como si hablara consigo mismo, murmuró:

—Muchas veces he pensado que cometimos una gran equivocación al no atacar las bases que los terrestres tienen montadas en el satélite, antes de hacerlo con el planeta. Aquellos hombres ya nos están causando demasiadas molestias.

—Si lo ordenas podemos hacerlo ahora mismo. En pocas horas nuestras astronaves se presentarán allí.

—Pero ya no los cogeremos por sorpresa, están prevenidos y sabemos que, pese a no poseer nuestra inteligencia, sus armas defensivas son muy poderosas.

El artrexita, al cual había sido encomendada la misión de conquistar la Tierra, ensoberbecido, también había cometido el tremendo error de menospreciar la capacidad intelectual de los humanos, puesto que pronto sería víctima del ardid empleado por los militares terrestres.

Al sonar unos ligeros golpes en la puerta del despacho, el humanoide que lucía el distintivo del sol amarillo sobre el pecho en las fosforescentes y blancas vestiduras se apresuró a abrir la puerta a la par que interrogaba:

—¿Qué ocurre, Kopnau?

—Hemos captado nuevas emisiones radiofónicas de los terrestres emitidas en inglés. Comunican haber encontrado a dos supervivientes más.

—¿Y desde la Luna?

—Han contestado de idéntica manera cursando instrucciones.

—Puedes retirarte, Kopnau —y dirigiéndose a su superior, añadió—: ¿Has oído, ministro? Sus comunicaciones vuelven a ser normales y por tanto nuestros temores han sido infundados.

—Hemos de conocer todas las conversaciones que sostengan. Si es captada otra con la misma lengua de antes, ordena la captura inmediata del humano que hable el idioma desconocido para nosotros. Cuando nos lancemos contra los pocos terrestres que aún viven, quiero hacerlo de forma definitiva.

—Se hará como mandas, ministro.

* * *

El minúsculo pueblo que Roan divisó en la lejanía, después de haber hecho descender la pantalla telescópica a través de la cual estudiaba el vasto panorama, al acercarse más y perder altitud, por su situación en un angosto valle por el que serpenteaba un tranquilo y límpido riachuelo, le pareció el más idóneo para establecer su nuevo campamento.

Tras hábil maniobra del piloto, la astronave se posó suavemente sobre una achatada meseta no muy distante del pueblo; acto seguido se abrió la escotilla lateral por la cual saltaron ágilmente Ted Trombidge y Waltreig.

No obstante haber inspeccionado detenidamente los alrededores antes de tomar tierra, los dos hombres, con todos los sentidos alerta, se encaminaron hacia el pequeño pueblo observando con suma atención hasta donde les alcanzaba la mirada para cerciorarse de la no presencia de artrexitas, mientras en la astronave, con la proa en dirección al cielo y el cañón de a bordo conectado al radar, Roan y las dos jóvenes permanecían aguardando el retorno de los

exploradores.

Pero el destino, en este caso, el puesto de mando de los legítimos poseedores del planeta, había ya dispuesto cuál sería su punto de destino cuando se encendió con destellos intermitentes la diminuta lámpara que indicaba atención a una próxima radiación. Entonces, Roan, fruto de las continuas prácticas y estudios a los que eran sometidos los pilotos que por sus condiciones físicas e intelectuales serían destinados a la navegación espacial, hizo dos acciones simultáneas: abrió el receptor y pulsó la tecla de puesta en marcha de un diminuto magnetófono. Inmediatamente se escuchó una larga parrafada de incomprensibles palabras, que tuvieron la virtud de hacer sonreír al mayor y decir a Ángela:

—Han compuesto tu mensaje, Roan.

—Veamos qué nos contestan.

Deteniendo y poniendo en marcha sucesivamente el magnetófono y escribiendo por separado, después de escuchar varias veces la grabación recién efectuada, comprobaron las notas tomadas por cada uno de ellos y pudieron leer completamente las últimas instrucciones dictadas por el mundo de los humanos.

—Esas bestias han derribado a otra de nuestras naves, la tercera de las seis que emprendieron la «operación búsqueda» —comentó Roan.

Cuando la puerta de acceso a la nave se abrió, impulsado el mecanismo electrónico desde el exterior, el mayor Brown, con suma rapidez, empuñó el arma y el cañón de la misma se dirigió firmemente hacia la oquedad.

—¡Cáspita! ¿Qué te ocurre, muchacho, quieres freírnos?

—Perdona, Ted, ya no me acordaba de vosotros; estaba distraído.

—¡Cáspita! —contestó Trombidge repitiendo la interjección que formaba parte habitual de su léxico—. Menuda suerte he tenido que estuvieras distraído, pues si no llegas a estarlo de seguro me hubieras volado la cabeza.

—He querido decir… —replicó el mayor con el deseo de disculparse ante su amigo.

—Ya lo sé, Roan —lo interrumpió Ted—, solo pretendía bromear. Cuando quieras puedes trasladar la nave a Blenaie, que así se llama el pueblo, pues no hay el menor rastro de los diablos rojos.

—Subid, he recibido órdenes —respondió escuetamente el mayor.

Tan pronto como Ted Trombidge y Waltreig ocuparon sus respectivos asientos en la astronave, Roan, después de haber desconectado el circuito del cañón atómico, despegó en vertical y aumentó progresivamente la velocidad. Mientras ascendía accionó varios pulsadores de una graficadora y cuando el indicador señaló los ocho mil metros de altura, puso la nave en posición horizontal y fijó el rumbo de acuerdo con los datos facilitados en pocos segundos por aquel excelente ingenio auxiliar.

—Hemos de prevenir personalmente a todos los núcleos de supervivientes, pues los hombres rojos conocen sus posiciones exactas —explicó Roan sin dejar de prestar atención a los mecanismos de la nave; y sabiendo que la médico soviética ocupaba el asiento contiguo al biólogo más por razones sentimentales que por la afinidad de sus profesiones, demandó—: Dunia, ¿quieres explicar a Ted el contenido de las instrucciones recibidas?

La nave continuaba su vuelo raudo y, en el momento que el indicador de velocidad pasó a señalar la cifra de cuatro mil kilómetros hora, el mayor Brown se puso tenso. Pero con repentino cambio de actitud no fue debido a la posición de la aguja en el velocímetro, pues su mirada, como hipnotizado, no se apartaba del trazo luminoso del pincel de electrones de la pantalla de radar. Frente a ellos y por el lado izquierdo, se acercaba un objeto volador.

Muy pronto, debido a las grandes velocidades que desarrollaban en sentidos opuestos las dos máquinas en sus vuelos, fue perceptible a simple vista un punto en el cielo que se aproximaba velozmente.

Roan hizo descender la gran lente de aproximación y contempló, estupefacto, la presencia de otra cosmonave que, al parecer, tenía la misión de cerrarle el paso. Pero su asombro fue en aumento, al observar que su contextura también difería de las empleadas por los artrexitas y cuyas características ya le eran bien conocidas. Sus proporciones colosales, le recordaron al acto la forma de uno de los mayores aparatos que construyera el hombre en los inicios de la navegación aérea y a las que se denominara dirigibles.

—Es una carguera, Roan —dijo excitado Ted, quien, acomodado en el asiento posterior al del piloto, tenía, asimismo, la mirada

puesta en aquel enorme aparato volador—. ¡Destrúyela!

Las sencillas palabras de Ted fueron el acicate que necesitaba el mayor dudoso en principio de lanzarse al ataque de la misma, inducido por su deber profesional de militar en guerra, por llevar en la nave a cuatro personas a las que no podía exponer a una muerte probable cuando, como jamás lo fuera, tan importante era conservar sus vidas.

Simultáneamente, la cosmonave enemiga se percató también de la presencia de la terrestre e inició una maniobra imprevisible; acelerando la velocidad cambió la dirección como si pretendiera huir.

Roan comprendió que no podía perder ni un segundo puesto que, pese a las extraordinarias dimensiones, indudablemente la rapidez de la nave artrexita era muy superior a la de la rusa y muy pronto escaparía de su persecución. Con veloz movimiento, inclinó la palanca que abría el dispositivo del cañón lanza cohetes y volvió a colocarla en la posición inicial cuando el contador de disparos señaló la cifra dos. Los últimos adelantos técnicos soviéticos en proyectiles tipo Sparrow, pequeños de tamaño, pero de grandes efectos dirigidos por radar, entraron inmediatamente en acción surcando vertiginosos el espacio en busca del objeto término de su destino, hasta que, después de modificar automáticamente la trayectoria, alcanzaron el blanco al cual iban destinados. Dos grandes llamaradas, fundidas casi en una sola, fueron el final de la mayor cosmonave que ningún ser humano había contemplado jamás.

—Empatados en derrotas —fue el comentario del mayor Brown, en cuyo tono se apercibía la alegría de la victoria.

—Te felicito, chico —comentó con no menos satisfacción Ted sin apartar la mirada del espeso humo negruzco donde poco antes estuviera aquella astronave de proporciones gigantescas creada por las mentes privilegiadas de los artrexitas.

—Felicita más bien a Dunia como representante de sus compatriotas por haber dotado a nuestro aparato con arma tan efectiva —respondió Roan.

—En mi opinión, los parabienes por el éxito conseguido ya no corresponde hacerlos a mi patria por la construcción de esta nave ni a los Estados Unidos por ser americano quien la tripula; la victoria,

en el intento de liberar a la Tierra de sus usurpadores, la ha conseguido la humanidad toda —contestó de inmediato Dunia con la serenidad que le era peculiar.

—La muchacha tiene razón —apoyó Waltreig desde el último asiento—; hoy ya no existen naciones por separado en la Tierra, sino un solo pueblo movido por el mismo afán de liberación.

—Y de paz, padre —añadió Ángela mirando con admiración y profundo afecto al hombre junto al cual iba sentada, artífice de la hazaña conseguida.

Roan estuvo volando varias horas con un constante cambio de rumbo y altura a fin de evitar la posible persecución de que sería objeto por parte de los humanoides rojos a quienes, con toda seguridad, los tripulantes de la gran nave de transporte comunicarían antes de su total destrucción la presencia de la diminuta, pero eficaz, astronave terrestre.

Pasada la euforia de los momentos subsiguientes al triunfo, los cinco terrestres que iniciaron con tanta fortuna la pequeña batalla contra los poderosos invasores de su mundo fueron quedando callados, hasta hacerse un silencio completo, que Ángela fue la primera en interrumpir al preguntar:

—Llevamos mucho tiempo volando sobre ese mar interminable, Roan. ¿A dónde te diriges?

—A fin de eludir cualquier detección y posterior persecución, hemos estado recorriendo el Pacífico y como creo haber conseguido mi propósito, ahora iniciaremos el cumplimiento de las instrucciones recibidas desde la Luna.

* * *

La estación meteorológica militar montada por el ejército de los Estados Unidos de América en parajes de la Tierra del Príncipe Patrick, de no haberse conocido su exacto emplazamiento, hubiera pasado inadvertida a cualquier observación aérea, puesto que la capa de hielo que cubría las instalaciones la hacía parecer un todo uniforme en el blanco paisaje.

Las edificaciones, de cincuenta metros de largo por quince de ancho, estaban construidas a base de grandes piezas prefabricadas, con amplios ventanales vitrificados de transparente duración por las que penetraba la luz del prolongado día de las regiones árticas. En

número de tres, y separadas una de la otra por ocho metros de distancia, se comunicaban entre sí por pasadizos cubiertos para evitar la necesidad de salir al gélido exterior al trasladarse a cualquiera de ellas.

La dotación, que difería de las instalaciones en las bases lunares por cuanto debido al reducido número de cincuenta miembros estaba integrada por hombres destinados a diversos cometidos de acuerdo con sus respectivas especialidades, estaba al mando del capitán meteorólogo Lytton.

La estación, después de la increíble noticia que habían recibido de una de las naves espaciales de la «operación búsqueda», permanecía prácticamente inactiva puesto que su cometido era completamente nulo al no tener que facilitar información. Únicamente se prestaba servicio ininterrumpido por un equipo destinado a la observación permanente de las pantallas de radar.

Recién cambiado el turno de guardia, con manifiesto nerviosismo el soldado atento al ondoscopio llamó:

—¡Sargento, mire!

—Una nave espacial, pues ningún avión volaría a semejante velocidad —precisó el sargento tras rápida observación.

E inmediatamente, luego de pulsar un conmutador, el fuerte repiqueteo del timbre de alarma sonó en los ámbitos de los acantonamientos.

Como si se tratara de un solo hombre, toda la guarnición, tras equiparse de chaquetas de fibrón blanco y cascos protectores de igual color, tomaron apresuradamente las armas y se dispersaron lejos de los edificios echándose sobre el helado suelo dispuestos a luchar hasta la muerte caso de ser atacados por aquellos hombres rojos que les comunicaran habían ocupado la Tierra.

Los segundos siguientes fueron angustiosos hasta el extremo de que muchos de los rostros, pese a estar en contacto con la dura nieve, estaban cubiertos de sudor.

Entretanto, la nave espacial había llegado a su punto de destino y hacía uso de los cohetes retro-propulsores para aterrizar.

—Es una nave con las enseñas de la U.R.S.S. Que nadie dispare hasta cerciorarse de si sus tripulantes son o no humanos. Haga correr la voz —ordenó quedamente el capitán Lytton.

En el interior de la cosmonave.

—Demasiada tranquilidad; ni siquiera ha salido nadie y a simple vista no se aprecian señales de la más ligera destrucción… es muy raro —musitó el piloto al ultimar las maniobras de aterrizaje.

—Ten el aparato presto a despegar, Roan, únicamente bajaré yo —contestó el hombre sentado atrás.

—¿No sería más conveniente que fuera yo la primera en descender a investigar? —dijo Dunia con admirable entereza—. Para nuestra causa es más importante la vida de un hombre que la de una mujer.

—Te equivocas, amor mío, tus conocimientos serán más útiles que los míos en el resurgimiento de la humanidad.

—Ambos tenéis razón, por tanto, como no soy médico y también mujer, seré yo quien baje primero —manifestó con energía Ángela.

—El futuro de la Tierra precisa de gente joven como vosotros y yo hace ya años que dejé de serlo si existe algún peligro oculto el más indicado para correrlo sin lugar…

—No, señor Waltreig —le interrumpió Ted con forzada sonrisa —, soy muy terco y mi decisión es irrevocable.

Por fin, y sin perder detalle, la mirada expectativa de unos soldados que se confundían por la blancura de sus uniformes con la endurecida nieve sobre la cual estaban tumbados, una porción lateral de la nave se inclinó hacia delante y por ella descendió rápidamente un hombre ataviado con las prendas usadas por los miembros del ejército norteamericano: bota-pantalón y camisa, con cierre de cremallera por contacto, de fibra antitérmica.

—Cinco hombres conmigo. Los demás permanecerán quietos, porque, aun cuando no es probable, puede tratarse de una añagaza —indicó el capitán Lytton.

Cuando el jefe del destacamento comprendió que la orden, de miembro a miembro, había sido cursada a todo el grupo, se levantó del suelo y, seguido de cinco soldados armados de fusiles ametralladores Folster que imitaron su gesto, se dirigió en dirección al hombre que había descendido de la astronave y que ahora estaba atisbando las inhabitadas dependencias a través de los grandes ventanales mientras murmuraba con extrañeza:

«¡Cáspita! Ni un solo individuo. Quiera Dios que hayan abandonado este paraje por su propia decisión.»

Pero como si Ted estuviera provisto de un sexto sentido, de

pronto giró su cuerpo hacia la izquierda y se agachó a la par que su diestra bajaba veloz a la funda de su pistola. En dirección a él avanzaba un grupo de seis individuos abiertamente desplegados en posición de combate. Luego de observarlos rápidamente, se puso erecto, separó ostensiblemente la mano de la empuñadura de su arma y aguardó a que se aproximaran más, antes de hablarles.

—Me alegra infinito el verlos.

El militar que encabezaba la escuadra levantó el brazo e inmediatamente el resto se paró sin abandonar su manifiesta beligerancia.

—El capitán Lytton, jefe de la estación —se presentó—. ¿Puedo echar una mirada a la nave?

—Ted Trombidge; puede hacerlo.

Y sin mediar más palabras, los dos hombres avanzaron juntos hacia la cosmonave. Después, Ted oprimió un pulsador incrustado en la estructura con lo cual accionó la apertura de la misma y tan pronto como el capitán observó el interior, su rostro perdió la rigidez y emocionado se abrazó al biólogo.

—Le ruego me perdone por mi brusco comportamiento, pero la realidad es que vivimos en un estado de interminable zozobra.

—Su conducta ha sido muy acertada, capitán, y en verdad que me alegra el haberlo experimentado, pues si los diablos rojos intentan atacarlos tendrán el recibimiento que se merecen.

Mientras el resto de los tripulantes de la cosmonave descendían de la misma, Lytton, ya disipado su recelo, hizo repetidos ademanes con los brazos llamando a la esparcida tropa que, acudiendo apresuradamente, rodearon de inmediato a los expedicionarios para hacerles incesantes preguntas.

Después de la falsa alarma y restablecida la calma en la estación meteorológica, aquellos hombres, que al ser destinados a las desérticas e inhóspitas tierras de la zona ártica habían salvado inesperadamente la vida, formaron diversos grupos alrededor de las astronautas escuchando compungidos el trágico destino sufrido ya no por sus más íntimos familiares sino por la humanidad entera, contado por quienes habían dado, precisamente, la primera información.

—Estamos bien aprovisionados, pero ¿hasta cuándo va a durar esta situación? —preguntaba el joven médico a su colega soviética,

al mostrarle la pequeña y bien dotada enfermería.

—Tengo la certeza que los generales que han tomado sobre sí la responsabilidad de salvar a nuestro planeta ya estarán forjando sus planes de reconquista. Su postura en la Luna todavía es más insostenible que la vuestra, pues a ellos forzosamente se les ha de abastecer desde aquí y, por tanto, su situación no puede convertirse en indefinida. Además, careciendo de los medios necesarios de transporte espacial, el retorno de todos los servidores llevaría un tiempo prolongadísimo sin contar con que si las pocas naves disponibles fueran derribadas, entonces, ya no tendrían ni la más remota posibilidad de salvación.

—¿Usted tenía familia? —preguntó el médico americano a Dunia cambiando bruscamente la conversación.

—Mis padres.

—Yo acepté el cargo de médico en este destacamento para hacerme con algunos ahorros. Aquí el sueldo era el doble del asignado a los del continente y… a nuestro relevo iba a casarme.

Dunia comprendió al instante el sufrimiento moral de aquel joven médico americano porque a ella cuando creyó que Ted había sido víctima del exterminio de los hombres rojos ya no le importó vivir o morir; y al no encontrar palabras adecuadas para alentarlo optó por guardar silencio.

Luego, tras pasarse la mano por la frente cual si quisiera apartar de su mente penosos recuerdos, el médico señaló al soldado que permanecía de pie en un ángulo de la enfermería mirándolos alternativamente cuando hablaban e indicó:

—Es Douglas, mi ayudante.

—¡Hola!

—Me alegra conocerla, señorita.

—Igual le digo, camarada —respondió afectuosamente Dunia, al contemplar el rostro aniñado del soldado.

—Empieza a nevar —anunció el médico de la estación cambiando nuevamente el giro de la conversación al ver caer los blancos copos de nieve.

—Es un espectáculo hermoso, camarada.

—Puede, pero nosotros ya lo encontramos monótono.

—La última vez que vi nevar fue en Moscú, tres días antes de la partida de nuestra expedición de relevo hacia Aral'sk. Me gustaría

pasear por fuera, sentir cómo cae sobre mi cara, poder tocarla…

—Pues hágalo, señorita —animó Douglas.

Luego, abriendo un armario metálico asió una blanca chaqueta con guantes incorporados y unas amplias botas. Lo tendió a Dunia y dijo servicial:

—Póngase esto, estará más abrigada.

—Gracias, Douglas, es usted un buen chico.

Y aquellas palabras sencillas pronunciadas con sinceridad, tuvieron la virtud de hacer ruborizar al muchacho.

Dunia, equipada con las prendas prestadas y cubierta la cabeza por la capucha de que por sí llevaba la chaqueta, paseaba lentamente dejando que la suave y blanca nieve le cayera en el rostro, lo cual le producía una inexplicable sensación de bienestar. ¿Recordaba, acaso, tiempos pasados?

No se habría alejado más de un centenar de metros de las edificaciones de la estación, cuando, sobresaltada, se detuvo. Sin saber cómo ni de dónde, apareció de improviso un hombre a su lado.

—¿Te he asustado, preciosidad?

—Confieso que sí. Andaba tan absorta que ni siquiera me di cuenta de su llegada.

—Te acompañaré en tu paseo; estarás más segura.

—No se moleste, gracias, procuraré no alejarme demasiado.

El hombre, con los distintivos de sargento, la miró con brillantes ojos de deseo en los que Dunia, de haberse fijado, hubiera podido leer la pasión que le dominaba.

—Eres muy guapa. ¿No te lo han dicho nunca?

—En más de una ocasión en mi época de estudiante —respondió Dunia siguiendo lo que solo consideraba trivial galantería.

De súbito, el sargento se abalanzó impetuosamente sobre Dunia, la estrechó entre sus nervudos brazos y, juntando su boca a la de ella, la besó una y otra vez con furia incontenible.

Dunia reaccionó de inmediato debatiéndose con toda la fuerza para lograr desasirse del fuerte abrazo y apartar sus labios de aquella boca que la asfixiaba; pero, pese a su intento, no podía conseguirlo. Inopinadamente, apareció otro hombre, enjuto y alto, quien con prodigiosa energía agarró al sargento por los hombros intentando de un violento tirón separarlo de la mujer.

A consecuencia de la ruda intervención de aquel personaje providencial, el sargento y Dunia cayeron al suelo, libre ella de los poderosos brazos que la tenían sujeta.

—¡Ted! —pronunció al conocer a su liberador.

Este pareció hacer caso omiso de ella. Frente al caído, con las piernas ligeramente abiertas y los brazos colgando a lo largo del cuerpo, aguardó a que este se levantara. Tan pronto lo hizo, el brazo derecho de Ted se movió con increíble rapidez y su puño chocó contra el estómago del sargento. Inmediatamente, la mano zurda entró en acción y el asaltante de Dunia se desplomó al suelo tras recibir en el mentón el tremebundo puñetazo de Ted.

Pero el sargento se rehízo pronto; se levantó y con los ojos enrojecidos cual demente se abalanzó sobre Ted, quien, impávido, lo golpeó dos veces consecutivas en pleno rostro derribándolo nuevamente sobre la nieve.

La potencia de los puños de Ted era terrible y así debió de comprenderlo su antagonista, porque, una vez de pie, introdujo la mano en uno de los bolsillos del pantalón para sacarla provista de una navaja. Después, desplegó rápido la hoja y empuñó la puntiaguda arma.

—¡Voy a matarte, entrometido del demonio!

—¡Huye, Dunia! —dijo Ted a la joven que, muda de terror, observaba el cariz de la lucha sin poder dar un paso.

Ted, sin apartar la mirada de la reluciente hoja de la navaja «lengua de vaca», se percató demasiado tarde de la insensatez que había cometido cuando, impulsado por el recelo que le inspiraran las miradas lujuriosas que el sargento dirigió en las horas pasadas a Dunia y Ángela, salió desarmado en pos de él al verlo salir actuando cual si fuera un cazador furtivo.

El sargento, envalentonado por la superioridad que le confería en la lucha la posesión del cuchillo, pasó al ataque, lanzando un fuerte golpe con la mano armada. Ted, intentando desviarse de la trayectoria, fintó a su adversario, pero no fue lo suficiente rápido pues, conjuntamente al potente puñetazo que pegó en la nariz de su rival, sintió cómo la afilada hoja le rozaba las costillas.

Por unos instantes, la lucha se paralizó ya que los dos contendientes estuvieron observándose mutuamente en espera del descuido del rival para pasar a la ofensiva en busca de la victoria

definitiva.

El sargento, cegado por ira demencial, no aguardó más. De un prodigioso salto y con el brazo armado hacia delante, se lanzó sobre Ted, quien, a pesar de la vigilancia y apartarse veloz, recibió la cuchillada en el hombro izquierdo, destinada a su corazón, y que a los pocos segundos sangró profundamente.

El fuerte golpe y el precipitado movimiento efectuado para esquivarlo hicieron resbalar a Ted sin que pudiera evitar la caída. Intentó levantarse prontamente, mas al mirar a su antagonista se estremeció por tener la certeza de que había llegado al término de la vida… El enloquecido sargento, con el brazo levantado, iba a asestarle el golpe fatal.

Inesperadamente, una detonación retumbó en la soledad del paraje y al mismo tiempo la cabeza del mortal enemigo de Ted quedó horrorosamente destrozada. Aquel oportuno e inesperado disparo acababa de salvar la vida del biólogo en el preciso momento en que la mano asesina iba a matarlo.

* * *

El soldado de primera Douglas, con los codos apoyados en el alféizar de la amplia ventana, miraba el lento pasear de la joven a la que prestara su propia chaqueta y botas. Iba a retirarse de su observación, cuando la presencia de un sargento de la estación siguiendo a Dunia le hizo permanecer en su sitio a la vez que decía en voz alta:

«El maldito conquistador de mujeres. ¡Bah!»

Por el tono despectivo, se adivinaba que no era simpatía, precisamente, el sentimiento que en Douglas habían despertado las narraciones del sargento acerca de sus cuantiosos amoríos.

Y, como si tuviera algún oyente, al advertir que uno de los hombres llegados en la cosmonave se dirigía hacia Dunia, la cual estaba luchando para desasirse de los brazos que la rodeaban, excitado:

«Me gustaría que lo zurrara».

Y al ver los dos primeros puñetazos de Ted y la caída del sargento, gritó con mayor excitación cuál si pudiera ser escuchado por ellos.

«¡Bravo! ¡Dele su merecido a ese fanfarrón!»

Pero la satisfacción de Douglas se convirtió en creciente alarma al intuir, más que ver, por los gestos del sargento cómo se proveía de un arma blanca.

Por un momento, Douglas quedó inmóvil, pero la irresolución le duró unos pocos segundos. Corrió por la larga sala hasta detenerse frente a uno de los armarios destinados a armeros; cogió un fusil y regresó a su punto de observación. Abrió de un solo golpe la ventana y, asomando el cañón del arma a través de la mira telescópica, buscó a los protagonistas de la dura contienda. Primero vio un brazo levantado empuñando una puntiaguda navaja, luego bajó ligeramente la posición del fusil y al quedar en el retículo de tiro un rostro contraído por la furia apretó con decisión el gatillo. Había sido hecho el disparo salvador.

La cura de las heridas de Ted fue efectuada sin pérdida de tiempo por las manos expertas de la médico soviética, quien, en esta ocasión, veía en el herido no al paciente sino al hombre del cual se había enamorado en el transcurso de aquellos agitados días de continuada zozobra en la desigual lucha contra los seres rojos ocupantes de la Tierra.

Ted, ya con el tórax vendado, reposaba sobre la mullida cama de la enfermería de la estación meteorológica ante la mirada inquisidora de sus compañeros de expedición.

—Lamento lo ocurrido, mayor —pedía disculpas a Ted el capitán Lytton, creyéndolo militar de tal graduación por ir equipado con uno de los uniformes del comandante Brown.

—En mi opinión, creo que somos muchos en lamentar el incidente dadas las trágicas circunstancias que estamos atravesando —replicó con sequedad Roan, con el tono desaprobatorio de un superior jerárquico al reconvenir a un inferior y sin sacar a Lytton de su error acerca de la verdadera identidad de Ted.

—Llevamos más de cinco meses en este destierro sin ver a una mujer y en cierto modo es comprensible que el sargento Redditch perdiera la cabeza al encontrar a la señorita…

—Capitán —interrumpió Roan con la misma sequedad anterior —, en este tiempo de desolación y cuando hay millones de cadáveres del género humano, entre los que se encuentran los de nuestros familiares, esparcidos por todas las latitudes de la Tierra han de tenerse otras miras que las de satisfacer los bajos instintos

de la carne.

—Sí, comandante —aceptó apabullado el capitán.

—Lytton, ¿se sabe quién fue el autor del disparo providencial para mí? —preguntó el herido interviniendo en la conversación con el propósito de cambiar el cauce de la misma.

—Todavía no, señor, pero inmediatamente iniciaré la correspondiente investigación.

Tan pronto como el capitán Lytton acabó de pronunciar aquellas palabras, el rostro del soldado Douglas, que permanecía en uno de los ángulos de la enfermería, palideció visiblemente. Dunia lo observó casualmente y al verlo tan turbado, tuvo la certeza de conocer al autor del disparo que había salvado la vida a Ted.

—Ha sido un suceso asaz desagradable para todos, capitán, y con toda seguridad si practica una investigación lo único que logrará será aumentar el nerviosismo de los soldados —dijo Dunia a la par que miraba de soslayo a Douglas.

—Opino de igual manera, Lytton. No es conveniente aumentar la inquietud de nuestros hombres —corroboró el médico de la estación.

—Mayor Brown, usted ostenta la máxima jerarquía y es a quien a mi modo de ver, corresponde pronunciar la última palabra.

—Los dos médicos coinciden en el mismo criterio, echemos, pues, tierra al asunto.

Y cuando a la hora de la cena quedaron solos en la enfermería, Dunia se aproximó a Douglas y, asiéndole la mano, le dijo emocionada:

—¡Gracias, Douglas!

Y antes de que pudiera replicar, Ted, observador innato a quien no pasó inadvertida la gratitud de la joven, añadió:

—Yo también te las doy, muchacho, y creo innecesario decirte cuánto agradezco tu intervención.

Capítulo IX

VERKHOYANSK.

Indudablemente, aquella pequeña ciudad rusa en la República Autónoma de Yukutia, conocida como el polo frío, fue la que menos sufrió los devastadores efectos de la alteración térmica que había desolado al planeta. La horrenda ola de calor, cuya intensidad disminuyó proporcionalmente a medida que la latitud aumentaba no produjo víctimas en la heterogénea comunidad integrada principalmente por yacutas y desterrados políticos.

La máxima autoridad de Verkhoyansk, un coronel del ejército soviético separado del servicio activo por haber cometido un error táctico en unas maniobras militares, de pie frente a un aparador acababa de escanciarse una copa de vodka cuando, al iniciar el movimiento de llevársela a los labios, sonó el zumbador de un teléfono. Se acercó a una gran mesa de trabajo, y, tras depositar sobre el pulido tablero la copa de licor, levantó el auricular.

—¡Habla! —ordenó secamente.

—Camarada Gawicko, una cosmonave evoluciona sobre el campo de aterrizaje. ¿Qué hacemos?

—Estad prevenidos para hacerles frente y a ser posible capturar vivos a sus tripulantes. Pueden servirnos de rehenes. Además, quiero interrogar a esos hijos de perra.

—La nave es una de las nuestras, camarada.

—Lo supongo, pero estará pilotada por americanos.

—¿Y si realmente fueran rusos?

—No importa. Apresadlos y me los traéis.

Y sin esperar la posible réplica cortó la comunicación. Después asió la copa de vodka y se bebió el contenido de una sola deglución.

Tan pronto como la cosmonave se posó suavemente sobre la nevada superficie del reducido aeródromo de la ciudad, un auto-oruga militar estacionado en uno de los extremos del campo se puso en marcha y se aproximó hasta llegar a tres metros de la nave donde frenó bruscamente. De inmediato, dos soldados equipados con largos capotes descendieron del vehículo y sin armas visibles permanecieron inmóviles aguardando el descenso de los tripulantes del ingenio espacial.

Esta vez fue Dunia la primera en bajar. Al pisar nuevamente su propio territorio y hallarse entre compatriotas, olvidó por un momento la causa de su viaje a aquella inhóspita población y, mientras el resto de los tripulantes también ponían el pie en el suelo, se dirigió emocionada a los soldados rusos:

—Camaradas…

Pero inmediatamente interrumpió su salutación. Del auto-oruga acababan de saltar otros hombres uniformados para apuntarlos con sendas metralletas firmemente empuñadas.

—Americanos —conminó en ruso uno de ellos con los distintivos de teniente—, no intentéis hacer uso de vuestras armas; mis hombres tienen orden de hacer fuego si oponéis la más mínima resistencia.

Pese a no haber entendido las palabras del oficial soviético, debieron de comprender el significado puesto que, unánimemente, levantaron los brazos.

—¿Qué significa vuestra postura, teniente? —preguntó Dunia con altivez sin imitar el gesto de sus compañeros.

—Sois americanos y, estáis detenidos. Desabrochaos los cinturones y dejadlos caer al suelo; luego, subid al camión.

Tan pronto como quedaron desarmados siguiendo las instrucciones de Dunia, Ted murmuró:

—A fe mía que el recibimiento dista mucho de ser afectuoso.

—Toman sus precauciones —arguyó Waltreig.

—¡Callad! —ordenó el oficial ruso a la par que con la metralleta les señalaba el vehículo—. ¡Arriba!

Dunia se dirigió a la parte posterior del auto-oruga, mientras traducía a sus compañeros la indicación de su compatriota:

—Nos ordenan subir al camión.

Sin pronunciar palabra y en extremo sorprendidos, subieron al camión militar y se acomodaron uno junto al otro en uno de los bancos laterales. De inmediato, cinco soldados tomaron asiento frente a ellos sin dejar de apuntarlos constantemente con sus armas.

—¡Cáspita! Esto ya me parecen demasiadas precauciones —manifestó Ted tan pronto como el vehículo se puso en movimiento al observar la beligerancia de sus captores.

Mientras el camión continuaba avanzando con marcha moderada el comandante Brown no cesaba de pensar en el incomprensible arresto que fueron objeto hasta que, incapaz de desentrañar lo que para él constituía un misterio, preguntó a Dunia sentada a su lado:

—No creo que tengan dudas acerca de nuestra condición humana. ¿Por qué, entonces, tus compatriotas nos dan un trato como si fuéramos enemigos?

—Estoy tan intrigada y sorprendida como vosotros, Roan. Además, saben con certeza que no somos artrexitas por cuanto nos han llamado americanos.

—¡Silencio! ¡Si queréis hablar hacedlo en ruso! —les indicó con manifiesta cólera uno de los guardianes.

Dunia estaba extremadamente decepcionada. Si bien los miembros de la estación meteorológica norteamericana de Tierras del Príncipe Patrick también tomaron sus precauciones para evitar ser sorprendidos por un ocasional ataque de los hombres de epidermis roja, cuando conocieron su identidad, exceptuado el incidente con el sargento Redditch, le dieron un trato afectuoso. En cambio los de su mismo Estado…

—¡Cabo! —replicó altiva con los dientes apretados y los ojos brillantes—. ¡No permito que me hable con ese tono! Soy la doctora Yeneff, con el grado de capitán del Departamento Técnico del ejército con destino en la base Lenin establecida en la Luna. Exijo la consideración que mi rango se merece.

—Perdona, pero cumplo órdenes de mi oficial directo —se disculpó el cabo en tono más respetuoso.

Y Dunia, avergonzada por el trato que estaban recibiendo, se limitó a encogerse de hombros sin contestar nada más.

Cuando el camión paró, después de un recorrido de veinte

minutos, los soldados que custodiaban a los cautivos tripulantes de la cosmonave se apearon rápidamente y formaron un semicírculo en la parte trasera, manteniendo las armas apuntadas en dirección al vehículo.

—Hemos llegado, ya podéis bajar —indicó el oficial que mandaba a la pequeña fuerza asomando la cabeza en el interior.

Tan pronto como los prisioneros saltaron a tierra, ante la mirada curiosa de unos pocos transeúntes que se apresuraron a marchar del lugar, Ted, que parecía no haber perdido el buen humor, se dirigió al teniente ruso y le dijo socarronamente, al observar la exagerada mesura de los soldados:

—¿No debías haber movilizado a más hombres? Fíjate que nosotros, si incluimos a las dos mujeres, somos cinco personas desarmadas; a mi parecer, faltan unos cuantos tanques aguardando nuestra llegada.

—No comprendo el americano —replicó destempladamente el interpelado, y dirigiéndose a Dunia mostrándole un soberbio edificio construido con grandes bloques de piedra añadió—: Entrad, el Presidente quiere interrogaros.

Sin hacer más comentarios, el oficial se dirigió resueltamente a lo que debía ser la residencia del que denominara Presidente, seguido del grupo de prisioneros detrás de los cuales marchaban escalonadamente seis soldados.

La silenciosa comitiva, después de subir hasta el segundo piso por unas amplias y suntuosas escaleras de mármol de aquel antiguo palacio construido en la lejana época de los zares, fue introducida en un amplio salón convertido en despacho de la primera jerarquía de Verkhoyansk, el camarada Gawicko, que aguardaba a los recién apresados sentado detrás de una lujosa mesa de trabajo.

—Dos militares, dos mujeres y un civil —comentó en deficiente inglés tras mirar detenidamente al grupo; luego, señalando con el índice a Waltreig indicó—: supongo que tú serás el embajador, los militares la escolta y las mujeres las intérpretes. Bien, americano, ¿qué patraña vas a contarme?

—Permíteme que sea yo quien te informe, camarada —contestó Dunia en ruso, tomando la palabra—. Soy la doctora Yeneff del Departamento Técnico del ejército soviético cumpliendo órdenes del mando unificado establecido en la Luna. Nuestra misión es

informarte de que la Tierra ha sido ocupada por seres procedentes de otro planeta de distinto sistema solar y de que la humanidad ha sido aniquilada en su totalidad, excepto unos pocos a los que deberemos intentar reagrupar para robustecer la defensa de su supervivencia. Los jefes de las tres potencias con bases militares en el satélite cuidan de la debida reorganización de nuestras gentes y destruir, luego, con los medios a nuestro alcance a la raza invasora.

—¿Me has tomado por un imbécil, muchacha? ¿Acaso supone tu gobierno que voy a tragarme este infantil cuento de marcianos?

—Soy ucraniana y ya te he dicho que pertenezco al Ejército ruso, camarada.

—Peor para ti, eres una traidora.

—Te estoy diciendo la verdad; prueba de llamar a cualquier parte del país y verás cómo no recibes contestación.

La aparente flema de Gawicko se desvaneció al instante. Como impulsado por un poderoso resorte se puso de pie, golpeó violentamente la mesa con el puño y con ojos desorbitados y el rostro tan súbitamente enrojecido que parecía iba a sufrir un inminente ataque de apoplejía, gritó:

—Toda Rusia ha sido aniquilada… ¡Y habéis sido vosotros, malditos americanos! ¡Habéis asesinado con vuestras bombas térmicas a millones de personas! ¡Pero te juro que sufriréis la misma suerte, os haré morir quemados!

—Te engañas…

—¡Calla! —la interrumpió Gawicko levantando el brazo con la intención de golpearla, objetivo que hubiera conseguido, a buen seguro, si Dunia no hubiera retrocedido instintivamente unos pasos.

Solo la joven rusa, de entre el grupo de cautivos, supo el tremendo error en que se hallaba aquel furibundo hombre al achacar a los Estados Unidos de América la destrucción de la vida en el inmenso territorio de la U.R.S.S.

—Escúchame, por, favor —insistió Dunia suplicante pasados unos minutos de angustioso silencio—; te mego te pongas en comunicación con el teniente general Zurvanoff…

—Cozakia, ¡llévatelos!

—A la orden.

Al guardián, sentado detrás de una mesa en la que había un panel de mandos electrónicos, no fue preciso cursarle ninguna

instrucción, pues tan pronto como estuvieron en su presencia los cinco prisioneros convenientemente escoltados apretó un pulsador y la puerta que cerraba el amplio corredor, a cuyos lados estaban situadas las enrejadas celdas, se abrió automáticamente. Luego, hizo lo propio con dos teclas numeradas e inmediatamente dos porciones de las rejas de sendos calabozos se deslizaron silenciosamente hacia la parte superior.

—Uno en la primera, los otros cuatro en la segunda —indicó Cozakia con voz autoritaria.

—Estáis cometiendo una terrible equivocación, teniente…

—Nada tienes que explicarme a mí. Quien manda aquí es el Presidente y ya escuchaste cuáles era sus instrucciones —interrumpió con patente sequedad el oficial Cozakia.

—Algún día os arrepentiréis de vuestra necedad —replicó con igual tono la joven, y luego dirigiéndose a sus compañeros añadió en inglés—: Van a encerrarnos, os pido prudencia.

Y dando el ejemplo, entró con decisión en el pasillo y después en la primera de las celdas abiertas.

Una vez las puertas enrejadas volvieron a ocupar su primitiva posición, la médico soviética fijó su atención en los dos hombres que de pie en el extremo opuesto, con la indumentaria usada por los miembros de su propio ejército destinados a las bases espaciales, la estaban mirando fijamente.

—¡Boris! ¡Nicolás! —exclamó al conocerlos.

—¡Hola, doctora!

—¿Cómo van las cosas, Dunia?

—Mejor de lo que en principio se supuso. Cada día se hallan nuevos contingentes de personas vivas…

—Que también serán aniquiladas gracias a la terquedad de Gawicko —interrumpió con manifiesto abatimiento el llamado Nicolás.

—¿Gawicko? ¿Al que llaman Presidente?

—Sí.

—Ni siquiera quiso escucharme —y siguiendo el curso de su pensamiento a los pocos segundos manifestó con desaliento—: Si al menos hubiera accedido a ponerse en comunicación con Zurvanoff…

Entre tanto, la imagen y la conversación que sostenían los

prisioneros era contemplada y escuchada por dos individuos a través de un receptor de televisión en el despacho del hombre que se erigiera a si mismo Presidente de los supervivientes de la gran catástrofe en la U.R.S.S.

—Gawicko, sería terrible si lo que dicen esos jóvenes fuera verdad —dijo uno de ellos.

—¡Tonterías! No comprendo todavía la razón, pero esta comedia ha sido montada por los americanos.

—Tengo alguna duda. Las cosmonaves son de las nuestras y los tripulantes de la primera que aterrizó son rusos.

—O fingen serlo.

—Tal vez. Pero antes de ordenar el ataque que tienes previsto contra los Estados Unidos utilizando los cohetes de la flotilla de submarinos deberías cerciorarte de la posible veracidad de sus afirmaciones.

—No vas a decirme que te han convencido acerca de esta supuesta e irrealizable ocupación del planeta por parte de seres extraterrestres, ¿verdad?

—No, si bien acepto que puede existir una probabilidad entre un millón.

—Continuemos escuchándolos; tal vez ellos mismos descubran su juego y te hagan conocer la auténtica verdad de cuanto ocurrió. Entonces verás cuán acertados son mis proyectos.

Pero la realidad fue muy distinta puesto que a medida que iban viendo y escuchando a los cautivos, en el ánimo del acompañante de Gawicko iban acrecentándose las dudas, hasta el punto de que dejando de mirar la pantalla del receptor volvió el rostro hacia el Presidente para preguntarle súbitamente:

—¿Por qué los americanos, si pretenden nuestra total destrucción, esperan tanto para bombardearnos o atacarnos con tropas aerotransportadas sabiendo que estamos completamente indefensos?

—Querrán conocer nuestros futuros planes de represalia.

—¿Crees sinceramente que para ello mandarían a dos astronaves rusas para que nos contaran una historia tan increíble? No. Sería, digamos, un intento de infiltración tan absurdo que ni siquiera a un niño se le podría ocurrir. Por otra parte, no he cesado de preguntarme: Si la U.R.S.S. fue atacada simultáneamente en todo su

territorio, ¿por qué no actuaron nuestras defensas antiaéreas en ningún sector para interceptar los misiles enemigos? Las observaciones efectuadas por los pilotos de que disponemos así te lo han confirmado.

—Traición. Fue una gran traición.

—¿Tan unánime que afectó a todos los puestos? Es imposible. Además, recuerda que todos los miembros de los servicios defensivos hallaron la misma clase de muerte y que los caza-misiles se disparan automáticamente.

—Tampoco a mí me ha pasado por alto el extraño aniquilamiento que hemos sufrido y en alguna que otra ocasión también he pensado cómo ha sido posible haberlo padecido tan total y rápidamente. La energía de una bomba con efectos tan semejantes sería incontrolable.

—Y según han narrado los astronautas de las dos naves no ha sido solamente Rusia quien la ha sufrido, sino toda la Tierra —insistió el interlocutor de Gawicko aprovechando el momento en que aquel parecía estar dispuesto al diálogo.

—Puede que los americanos hayan sido víctimas de sus propias armas.

—Admito que los científicos puedan cometer errores, pero en este caso no hubiera sido una grave equivocación, hubiera sido una tremenda necedad.

—Ogacki, ¿he de suponer que te inclinas a creer esa fantástica historia de la ocupación de nuestro globo por seres de otro planeta?

—¿Qué perdemos en averiguarlo? —contestó con otra pregunta Ogacki.

—Mandaré un avión de reconocimiento sobre el territorio de los Estados Unidos.

—Ten en cuenta que, según las conversaciones sostenidas por los prisioneros, esos seres de piel roja poseen astronaves mucho más veloces que las nuestras. Si mandas a un avión de seguro será destruido. ¿Por qué no escuchas con sosiego las explicaciones que puedan darte los prisioneros?

—Sea como dices, Ogacki, pero si todo resulta ser una farsa, como es mi firme opinión, los haré ejecutar inmediatamente.

* * *

El submarino nuclear, con toda la tripulación tensa en sus puestos, avanzaba tan lentamente que mas bien parecía flotar entre dos aguas movido por el impulso del leve oleaje.

—¡Alto total! —sonó en ruso la voz del comandante de la nave entre un silencio absoluto, para añadir seguidamente—: Oficial de derrota, ¿posición?

—Correcta, capitán, a un cuarto de milla de San Francisco.

—¿Profundidad? —demandó en tono impersonal.

—La misma, seis metros —fue la pronta contestación.

Y tan pronto obtuvo aquellas sencillas informaciones, el comandante del submarino hizo emerger el periscopio y miró con atención cuánto se ofrecía a su vista ante la creciente expectación de toda la tripulación.

Después de una prolongada observación y de haber dado un giro completo al aparato óptico, se volvió de cara a dos hombres, que a tenor de sus uniformes no pertenecían a la dotación del submarino, para decirles en perfecto inglés:

—No existe ninguna señal de actividad en el puerto.

—Estábamos seguros de ello —contestó rápidamente el más alto de los dos individuos.

El ruso guardó silencio durante unos minutos. Luego, sin dejar traslucir en su barbudo rostro las emociones interiores, indicó:

—Tan pronto haya anochecido desembarcaré a una patrulla.

—Sería preferible que lo hiciera de inmediato. La luz diurna les facilitará la labor.

Otro silencio y nueva meditación por parte del comandante del submarino.

—Que cuatro hombres y un sargento se apresten de inmediato para desembarcar. ¡Superficie!

—Nosotros les acompañaremos, capitán — dijo uno de los dos hombres que parecían simples observadores.

—No, ustedes permanecerán a bordo.

—Pero ¡hombre de Dios! ¿Teme que nos fuguemos?

—Les sugiero que no olviden que en este submarino ustedes están en calidad de prisioneros.

—De acuerdo, capitán, somos sus prisioneros —intervino en la conversación el más alto—, pero sepa que ya nos hemos enfrentado dos veces contra esos humanoides conquistadores y también

sabemos sobradamente cuanto vamos a encontrar en San Francisco. Deje que al menos uno de nosotros sea incluido en la expedición. Puede que así nuestra amarga experiencia les sirva de utilidad.

—Conforme. Uno de ustedes formará también parte de la patrulla de desembarco.

—No se arrepentirá. Ahora, le ruego que sea usted quien haga la designación.

—Usted mismo.

—Gracias.

Luego, el prisionero elegido estrechó fuertemente la mano de su compañero, mientras le decía con sincero deseo:

—No sabes, Roan, cuánto me gustaría encontrar a alguno de aquellos diablos rojos, sería una gran oportunidad para convencer a Gawicko de la terrible realidad que azota a nuestro mundo.

—Si así fuera, por lo que más quieras, Ted, no cometas imprudencias.

—¡Cáspita! ¿Crees que no estimo a mi pellejo? —contestó con amplia sonrisa el biólogo, siguiendo acto seguido la pequeña patrulla de desembarco.

Muy pronto el bote neumático pareció un cascarón de nuez navegando entre los grandes colosos del mar atracados en toda la amplitud del puerto, en el cual la única vida existente parecía ser la de los tripulantes de la pequeña y frágil embarcación.

Presa de innegable pánico por la escalofriante quietud reinante, los marineros rusos saltaron a tierra con las metralletas empuñadas con suma fuerza cual si el contacto de las armas fuera un talismán protector.

«¿Tenían aquellos jóvenes el más ligero conocimiento del espectáculo que se ofrecía a sus ojos ya en el primer momento del desembarco?», se preguntó Ted al observar que, en cuanto vieron por primera vez la multitud de resecos cadáveres esparcidos por el muelle, iniciaron un instintivo gesto de retroceso reflejando en la mirada un terror casi supersticioso.

—Adelante, sargento —indicó Ted a fin de evitar lo que sería una segura retirada de la patrulla

Y sin darles tiempo a reaccionar e infundirles valor, se encaminó resueltamente hacia la primera escalerilla de acceso a uno de los grandes buques amarrados al puerto seguido a corta distancia por

unos hombres que ya no veían en él a un prisionero sino a un guía valeroso.

Con toda certeza, si el aniquilamiento de todo vestigio de vida hubiera estado unido a la destrucción de la gran urbe, la impresión de los marineros hubiera sido menor, pues el servicio de una poderosa armada siempre habían relacionado parejas la mortandad con la devastación.

Ted, a quien el sargento entregó su propio cinturón pistolera, caminaba con rapidez por la amplia avenida rotulada con el nombre de Fray Junípero Serra, fundador de la primera misión y cimiento de lo que en el transcurso de los años sería la ciudad americana más populosa de la costa del Pacífico, seguido a muy poco trecho por aquellos impresionados y nerviosos marineros que no dejaban de escrudiñar por doquier las huellas de los estragos causados en la población por el repentino fenómeno térmico.

Mientras andaba, aparentemente insensible al drama que le era conocido, en la mente de Ted bullía un arriesgado plan. La fortuna había deparado que Gawicko entrara en contacto con una fuerza inesperada de veintitrés unidades submarinas, dotadas de poderoso armamento atómico que bien podrían convertirse, debidamente organizados, en el efectivo inicial para la ansiada reconquista del planeta. Se imponía, urgentemente, sacar al hombre de su incredulidad.

Después de deambular varias horas por San Francisco, convertida en una necrópolis abandonada, Ted, a fin de hacerse comprender por el sargento, que caminaba a su altura, le habló distanciando las palabras:

—Ahora… podríamos… regresar… al… submarino.

El ruso debió de entender la indicación del americano, porque, a la par que hacía con la cabeza una inclinación de asentimiento, repitió:

—Submarino.

Y con manifiesto alivio, siguiendo las órdenes del sargento, la patrulla de exploración regresó al punto de desembarco.

El comandante del submarino, como una fiera enjaulada, paseaba meditabundo por el pequeño recinto de su cámara observado en su constante caminar por la mirada interrogante de su primer oficial.

—Godaran, el informe de la patrulla concuerda exactamente con las descripciones hechas por los militares americanos. ¿Cuál es tu opinión acerca de este endiablado asunto?

—Estoy en un sinfín de confusiones. Me resulta del todo increíble esa historia de que una raza de hombres extraterrestres ha invadido nuestro mundo… Pero, ¿qué explicación lógica puede haber para que Rusia y Estados Unidos hayan sido víctimas de tan feroz hecatombe?

—Es posible que sea verdad. La plaga de la muerte repentina no solo se ha esparcido por tierra firme, sino que también ha hecho sus presas en todos los mares.

Seguidamente, el comandante del submarino se acercó al escritorio, abrió uno de los cajones y sacando unos papeles los depositó encima de la mesa. Cogió el primero y explicó:

—Informe del V. 25: Crucero europeo a la deriva en aguas del Mediterráneo. Abordado, toda la tripulación fue hallada muerta. Mercante encallado en una playa de Francia, abordado, toda la tripulación fallecida de igual clase de muerte. Informe del V. 33: Pesquero ruso en el Atlántico con aparentes averías, se intenta socorrerlo y se encuentran a todos los tripulantes muertos en circunstancias extrañas… iguales a las narradas por la patrulla mandada al puerto de San Francisco. Y así, podría leerle hasta trece informes confidenciales emitidos por submarinos distintos, Godaran.

—¿Por qué no afectaría semejante muerte a las tripulaciones de la flotilla de sumergibles?

—No lo sé. Probablemente, según las teorías de los americanos, debamos nuestra salvación al hecho de haber estado efectuando maniobras en el Atlántico, donde las bajas temperaturas contrarrestaron los efectos calurosos que asolaron a toda la Tierra.

—De ser cierto cuanto dicen, también nosotros vamos a perecer.

—Todavía estamos con vida, ¿verdad? Pues intentaremos conservarla a toda costa; te lo aseguro.

—¿Qué podremos hacer, capitán? —preguntó Godaran con manifiesto desconcierto y la faz sumamente lívida.

—Los astronautas americanos me hablaron de la existencia de un mando conjunto establecido en la Luna, si bien he de confesarte que no creí nada de cuanto me contaron. Es preciso que tengamos

una conferencia con ellos.

Momentos después, Ted y Roan sostenían una animada conversación con el comandante del submarino y su primer oficial. Era el biólogo quien hacía uso de la palabra con gran vehemencia.

—Es de vital importancia que Gawicko se convenza a la mayor brevedad de la autenticidad de los hechos ocurridos, pues cada hora que transcurre hace disminuir las posibilidades de conservar nuestra supervivencia que al fin y al cabo no es otra que la continuidad del género humano.

—Pese a que los artrexitas captarán nuestra emisión, voy a radiar de inmediato un informe al camarada Presidente.

—No lo haga, capitán, podría precipitar los acontecimientos por cuanto tengo la certeza que si bien los hombres rojos controlan las ondas hertzianas no ocurre igual con las vibraciones sónicas submarinas e ignoran la existencia de las veintitrés unidades «Polaris», pues de no ser así hubieran intentado deshacerse de la única potencia con que contamos para arremeter contra ellos. He formado un plan que de resultar satisfactorio y no convencer a Gawicko, ya ninguna prueba podrá hacerlo; en tal caso, y, aun lamentándolo, no habrá más solución que sacrificarlo en aras del bien común.

—¿Puedo conocer cuáles son sus proyectos? —preguntó imperturbable el comandante de la nave sumergible a Ted.

—Naturalmente, porque sin su colaboración no se podrían realizar.

Y acto seguido, Ted expuso a los reunidos la súbita idea que vino a su cerebro durante su corta exploración a la ciudad muerta de San Francisco.

—…Y si la suerte nos acompaña, podrán explicar a Gawicko haber visto a esas extraordinarias naves espaciales de que le hablamos —concluyó Ted la explicación de su plan.

—Me parece una trampa muy infantil, mayor Trombidge —comentó el comandante del submarino dándole también el tratamiento militar equivocado debido al uniforme que vestía.

—Para nosotros, sabedores de que están al corriente de nuestras transmisiones es posible, pero para los artrexitas, desconocedores de que estamos advertidos de su control, no lo será.

—¿Qué perjuicio puede acarrearnos el intento? —arguyó Roan.

Y la simple pregunta del piloto espacial, que en sí era un argumento, resolvió la indecisión del oficial de la armada rusa.

Capítulo X

NEW YORK.

El humanoide ataviado con verdes ropajes está inclinado frente a un mapa de grandes dimensiones de los Estados Unidos de América, sobre el cual, después de un minucioso estudio, traza pequeños círculos y guarismos.

Un moderado zumbador lo saca de su abstracción, vuelve el rostro en dirección a la cerrada puerta y al observar a través del cristal solo transparente desde su cara interior a quien ha llamado, con voz gangosa y autoritaria únicamente pronuncia una palabra que suena en el altavoz del pasillo:

—¡Pasa!

—Perdona que interrumpa tu trabajo, ministro, pero me ha parecido de interés que escucharas la traducción hecha a una transmisión captada por nuestros equipos radio-escuchas.

—¡Adelante! —asintió escuetamente el ministro.

El visitante no se hizo repetir la indicación. Depositó encima del mapa un pequeño aparato, apretó un pulsador, e inmediatamente se escuchó una voz de la misma tonalidad gangosa que decía en artrexita:

—Mayor Brown, estamos de enhorabuena; en uno de los barcos acabamos de encontrar gran cantidad de comestibles en perfectas condiciones.

—Bajadlos a tierra, aterrizaré de inmediato para recogeros —dijo otra voz distinta que doblaba a la de Roan.

—También hemos encontrado otra cosa… ¿a que no adivina

cuál es? —continuó la primera de las voces.

—¿Una caja de whisky?

—Frío, frío. A un par de esos tipos rojos.

—¿Cómo?

—Lo que ha oído, señor, a dos condenados diablos encarnados.

—¡No es posible!

—Vaya si lo es. Estábamos registrando la bodega del barco cuando tanto Bob como yo hemos escuchado un ruido en el muelle; como es natural, nos pareció sumamente extraño puesto que los muertos siempre están silenciosos y por lo general se abstienen de armar…

—Déjate de bromas estúpidas.

—Sí, señor. Al oír un rumor como si fuera de un motor, hemos mirado por un ojo de buey y visto a una especie de tanque: era uno de esos vehículos que usan los hombres rojos. Se ha parado frente al barco y los dos ocupantes han subido a bordo. En principio, supusimos que andaban buscándonos y nos ocultamos detrás de la carga. Después de aguardar más de media hora, han entrado en la bodega Y entonces nos hemos lanzado sobre ellos; les caímos tan inesperadamente que nos fue fácil dejarlos sin sentido de sendos culatazos de nuestras pistolas en la cabeza. Ahora los tenemos atados y amordazados. ¿Quiere que los liquidemos de unos tiros? ¿Prefiere que los echemos tal como están al mar?

—No, dejadlos y, si sus congéneres no los encuentran a tiempo, que mueran de hambre y sed. Será la forma de que también experimenten los tormentos a que nos han condenado.

—Muy bien, comandante.

—Preparad los víveres porque aterrizaré dentro de pocos minutos. Cierro.

Y tras aquellas últimas palabras, el artrexita paró el funcionamiento del minúsculo magnetófono.

—Supongo que ya habréis localizado el lugar.

—Sí, ministro —replicó el interrogado, y mirando el mapa desplegado señaló un punto de la costa del Pacífico añadiendo—: Fue en esta población, la astronave volaba a cuatro mil metros de altura.

—¿Quién ordenó a aquellos números que se alejaran tanto?

—Previamente a mi visita hice las oportunas averiguaciones y

nadie lo sabe. Al parecer, obraron por su cuenta.

—Por estúpidos, merecerían ser dejados allí para que se cumpliera en ellos la pena impuesta por el terrestre de morir de hambre y sed.

—Pero… —se atrevió a decir con sumisión el subordinado.

—No temas, no lo haré. Ordena que inmediatamente vayan a libertar a aquellos imbéciles y después me los traes; quiero tener unas palabras con ellos.

—Al momento.

—¡Espera! Aún no he terminado. Ese terrícola a quien llaman mayor Brown nos está causando demasiadas contrariedades… sí, demasiadas contrariedades —repitió, para añadir con manifiesta ira, a la par que con el puño golpeaba la superficie de la mesa sobre la que había extendido el mapa—: ¡Quiero la destrucción de su astronave!

—Así se hará.

—Puedes irte.

* * *

A media milla del puerto de San Francisco, el submarino de la serie V y señalado con el número 14 acababa de posarse sobre el arenoso fondo a una profundidad de ciento veinte metros con los potentes motores impulsados por energía nuclear parados.

De pronto, el silencio reinante en la nave sumergida fue interrumpido por una voz al ordenar:

—Suelten la boya de observación telemétrica.

A los pocos segundos se escuchaba la cumplimentación de la orden:

—Boya en superficie, capitán.

El comandante del submarino se acercó a un panel y con mano firme apretó un conmutador. Al punto se iluminó una pantalla de unos cincuenta centímetros de lado y en ella apareció la imagen multicolor de los barcos anclados en el puerto y una buena porción del resplandeciente cielo azul. Después tomó asiento entre su primer oficial y el espigado americano que ya estaban sentados mirando atentamente la transmisión televisada.

Los minutos transcurrían con lentitud desesperante y eran muchos los pares de ojos que se apartaban fugazmente del receptor

para consultar los relojes de pulsera.

Diez, veinte, treinta minutos… y la imagen primera había permanecido inamovible, hasta que a los treinta y ocho minutos del lanzamiento de la boya, Ted se levantó de un salto y con el brazo extendido en dirección al televisor exclamó con ronca voz:

—¡Mire, ya están aquí!

Efectivamente, los silenciosos espectadores pudieron contemplar cuatro puntos en movimiento que cada vez se hacían más visibles con mayor detalle.

—¡Platillos volantes! —dijo uno de los marineros al identificar, a su manera, a las cuatro naves artrexitas que, súbitamente, quedaron quietas en el aire, como si estuvieran suspendidas.

El comandante del submarino, impulsado por el instinto de su profesión, volvió el rostro hacia el micrófono instalado en el brazo derecho de su butaca para decir:

—Sala de misiles, a sus puestos. Computadora, telemétrica, coordenadas.

—No lo haga, capitán, recuerde que sería descubrirles que todavía contamos con una fuerza capaz de combatirlos y provocaría la agresión a los núcleos de población que tuvieron la fortuna de sobrevivir.

—Con el blanco tan perfecto que presentan bastará un solo cohete para derribarlas —insistió el ruso—; así, menguaríamos sus efectivos.

—Estoy totalmente de acuerdo con su opinión, pero no creo conveniente hacerles una pequeña guerra. Cuando iniciemos la ofensiva, deberemos hacerlo por sorpresa y definitivamente.

Mientras conversaban, las aeronaves objeto de los diferentes puntos de vista se pusieron en movimiento para desaparecer prontamente tres de ellas del cuadrado de la pantalla a la par que la cuarta iniciaba un lento y vertical descenso.

—Pronto se darán cuenta del engaño, al no encontrar a los hombres que buscan —observó el ruso al percatarse de la, maniobra de la cosmonave.

—Tampoco encontrarán al vehículo que se supone usaron.

—Peor que peor.

—O bien pensarán, como era nuestro propósito, que consiguieron desatarse y se alejaron a toda prisa.

—¿Dónde habrán ido las otras tres?

—Con toda probabilidad, en busca de la cosmonave que suponen pilotada por el mayor Brown.

—Si lo alcanzan será su fin.

—Abrigo la esperanza de que el reactor hallado por Brown en el aeródromo de San Francisco y que usamos para la estratagema ya habrá aterrizado en Santa Bárbara.

Capítulo XI

DÍAS después, en el suntuoso despacho de Gawicko en Verkhoyansk…

Es un hombre barbudo, con uniforme de capitán de corbeta de la armada rusa, quien está haciendo uso de la palabra.

—… y como podrás comprobar, camarada Presidente, por las pruebas traídas en videotape y en las ampliaciones fotográficas de las astronaves desconocidas ha resultado ser cierto cuanto han explicado los americanos —concluyó su detallado informe el comandante del submarino V 14.

Gawicko asió un abultado sobre de encima de la mesa, sacó varias fotografías en color y las fue examinando detenidamente, mirando de vez en cuando al marino y al alto americano que permanecía silencioso unos pasos más atrás.

—Unas buenas ampliaciones, Beneski, demasiado buenas, diría yo.

—¿Qué pretendes insinuar? —preguntó el interpelado con patente dureza.

Si bien Ted no comprendía la conversación mantenida en ruso por el Presidente y el comandante del sumergible, que había grabado la cinta para una retransmisión diferida de la presencia de las cuatro naves artrexitas en el cielo de San Francisco, al percatarse del tono violento y el fuerte cerrar de puños del marino comprendió que el diálogo no marchaba por cauces satisfactorios.

—Simplemente, me parecen demasiado perfectas.

—Exijo que me aclares tus palabras.

—¿Exigir?

—Sí. Lo has oído bien.

—¿Olvidas que soy el Presidente de la U.R.S.S.?

—Solo sé que eres un coronel separado del ejército por incompetente —replicó desdeñosamente Beneski.

El rostro de Gawicko se puso lívido. Aguardo unos minutos para serenarse del duro reproche de su interlocutor y luego de dirigir una mirada de muda advertencia al teniente Cozakia que estaba en último término, replicó:

—Al fin he sabido los propósitos de los americanos y tú me los has revelado impensadamente. Su objetivo es la flotilla de submarinos. Pero te prometo, Beneski, que no podrás disfrutar de los dólares con que se ha pagado tu traición de vender a tu patria.

Aún parecían resonar en el despacho las últimas palabras cuando el puño derecho del marino se estrelló con dureza en el rostro de Gawicko lanzándolo contra el sillón que, tenía a sus espaldas que cayó derribado estrepitosamente al suelo a consecuencia del choque con el cuerpo del Presidente.

Ted, que adivinaba por la postura de los dos hombres un próximo altercado, a su vez actuó impetuosamente. Giró con increíble rapidez su cuerpo y golpeó con toda la fuerza la muñeca de Cozakia en el instante que acababa de desenfundar la pistola, la cual le saltó de la mano para caer entre ellos. El teniente ruso se agachó presto para recoger el arma, y Ted entró nuevamente en acción: levantó con furia la pierna derecha y asestó un terrible rodillazo en el rostro de Cozakia, quien se enderezó y trastabilló hasta chocar contra la pared. El biólogo americano no le dio tiempo a reponerse: se abalanzó sobre él y le golpeó en el cuerpo y rostro con saña incontenible.

Y, en el instante en que Cozakia caía noqueado, sonó un disparo.

Ted se volvió vertiginosamente y quedó paralizado. Gawicko, con una mano sobre el pecho, antes de desplomarse, dirigía la postrer mirada de sus vidriosos ojos a Beneski, el cual sostenía con mano firme la pistola que le había caído al teniente Cozakia en su lucha con el americano.

—Él ha sido el primero en intentar hacer uso de su arma. Aún puede verla en el suelo, mayor Trombidge; ese hombre puede atestiguarlo —se disculpó el marino señalando a un individuo que

había permanecido ignorado durante todo el tiempo.

De pronto, sonaron unos recios golpes en la puerta y una fuerte voz inquirió

—Teniente, ¿qué ocurre? Responda o derribamos la puerta.

Por primera vez el hombre ignorado pareció estar dotado de vida. Se levantó del sillón del cual no se había movido durante la conversación y posterior pelea y con paso sereno se encaminó para abrir, mientras decía en perfecto inglés:

—Calma, señores, déjenme a mí.

Tan pronto como fue franqueada la entrada, cuatro soldados rusos penetraron en tropel en el despacho con las metralletas prestas a disparar. Primero vieron al tumbado Cozakia, luego al Presidente Gawicko caído al suelo con el pecho ensangrentado y en el momento en que iban a disparar contra el oficial de la armada que aún sostenía la pistola y el militar americano, les detuvo una voz imperiosa:

—¡Quietos, soldados!

—¿Qué ha pasado aquí, camarada Ogacki?

—Lo irremediable. El Presidente era un loco y no ha habido más recurso que sacrificarlo en aras del bien común.

Aquellas palabras, según recordó Beneski, fueron casi textualmente las que pronunciara el espigado americano en la cámara del submarino.

Después, Ogacki se dirigió a la mesa de trabajo del que se erigiera a sí mismo Presidente, asió las esparcidas ampliaciones fotográficas para estudiarlas largamente, y, al observar que Cozakia empezaba a reanimarse, dijo a continuación:

—La actual situación debe de estar en manos de los militares, por tanto, como de momento eres tú quien ostenta la mayor graduación te harás cargo del mando de Verkhoyansk, Beneski.

—Pero yo no soy un oficial de Estado Mayor, solo un comandante de submarino.

—No importa, estás más capacitado que cualquier otro por cuanto sabes casi tanto de los hombres rojos como los americanos. Hasta tanto Zurvanoff no dicte nuevas disposiciones, tienes el deber de aceptar.

—Sea como dices, Ogacki —y luego, acercándose a Cozakia que ya se había levantado, le tendió temerariamente la pistola

diciéndole—: Toma, guarda tu arma. ¿Hay más oficiales?

—Otro teniente —respondió aceptando los hechos.

—Bien. Cuida de que traigan a los astronautas, pero no en calidad de prisioneros sino de aliados. Y venid también tú y el otro oficial. Hemos de tener una conferencia —fueron las primeras instrucciones que ya cursó Beneski.

Diez eran las personas que, escuchaban atentamente las manifestaciones de Roan Brown. Seis militares y cuatro civiles.

—Fundo mi creencia de que los artrexitas se han asentado en los Estados Unidos, por cuanto el difunto Gawicko ordenó varios vuelos de reconocimiento sobre Rusia y ninguno de los pilotos tuvo jamás un encuentro con sus naves espaciales. Por otra parte, a la especie de tanque que usan los hombres rojos en tierra también lo vimos allí; y por último, para acabar de reforzar mi hipótesis, solo recordaré que se tragaron el cuento de que habíamos encontrado a uno en el puerto de San Francisco.

—Como la búsqueda del emplazamiento de nuestros enemigos presumo que será una labor larga, en mi opinión; y, aunque no se me oculta cuán arriesgada será la empresa, debería dar comienzo cuanto antes, empezando por América del Norte de acuerdo con sus teorías —fue la pronta contestación de Beneski.

—Disponemos de dos cosmonaves…

—No, mayor —interrumpió Ogacki—, a mi entender sería más aconsejable que únicamente fuera una la que realizara el reconocimiento, pues en el supuesto de que ambas fueran derribadas quedaríamos sin posibilidad de trasladar a alguien a la Luna.

—De acuerdo, voy a prepararme y dentro de una hora, aproximadamente, partiré.

—Espere, mayor Brown —manifestó Beneski—; a usted preferiría tenerlo a mi lado, puesto que habiendo estado en contacto con el teniente general Zurvanoff, tal vez necesite de su asesoramiento. Contamos con otros dos pilotos espaciales para que puedan realizar la operación.

—Pero es que en esta misión van a enfrentarse a una muerte segura.

—¿Usted, no? —contestó con otra pregunta Beneski.

Y, seguidamente, se puso a conversar en ruso con los dos

astronautas que primero llegaran a Verkohyansk, quienes poco después estrechaban la mano a los reunidos y salían presurosos del despacho para proseguir con la tarea encomendada, un día ya lejano, por el mando unificado de las bases lunares.

Los días siguientes fueron de gran decaimiento por los ansiosos humanos asentados en el que fuera palacio presidencial en aquella gélida ciudad rusa donde habían establecido su nuevo cuartel, al no recibir ningún comunicado de los pilotos espaciales rusos.

Por fin, ocho días después, presa de emoción incontenible, pudieron escuchar claramente la retransmisión en ruso que decía:

—Atención, base, habla el capitán Boris Chovenko.

—Base a la escucha, informa.

—Sin novedad. Me estoy comiendo una buena lonja de jamón… ¡Acaban de aparecer tres cosmonaves enemigas! ¡Se acercan a la mía a gran velocidad!

—¡Huye, capitán! —sonó la voz inconfundible de Zurvanoff.

—Me están alcanzando, probaré de…

—¡Chovenko, responde! ¡Chovenko, responde! —repetía una y otra vez desde la Luna Zurvanoff, sin que obtuviera la ansiada contestación.

Cuando quedó definitivamente cortada la breve conversación entre la nave espacial rusa y la base lunar, Beneski, con cara en la que mostraba conjuntamente ira y pesar, explicó a los americanos:

—Los artrexitas han derribado la astronave de Boris y Nicolás. ¡Pobres muchachos!

—¿Lograron localizar a los hombres rojos? —preguntó Roan.

—Si lo consiguieron, no les dieron tiempo a regresar para poder informarnos. Estamos como antes, pero con el agravante de una valiosa pérdida tanto humana como material.

—Tendré que intentarlo yo y probar si tengo más fortuna.

—¡Pobre Boris! —dijo Dunia, afligida—. Poco imaginaba que estaba haciendo su última comida.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó extrañado Ted.

—En el instante de avistar a las naves artrexitas comunicó que estaba comiendo.

—Es muy raro —comentó Ted— que lo dijera precisamente en aquellos momentos. ¿No sería un postrer esfuerzo para comunicar un descubrimiento que pareciera ingenuo a los hombres rojos y

comprensible para nosotros?

—Únicamente indicó que comía una buena lonja de jamón.

—Una lonja de jamón… una lonja de jamón —musitaba Ted, sin cesar de pasear por la amplia sala, ante la expectación de los demás.

De pronto, se detuvo y exclamó alborozado:

—¡Ya lo tengo! Cuando Boris vio a las naves artrexitas comprendió que su fin estaba próximo e intentó darnos el ansiado informe. Jamón… ¿No comprenden todavía? ¿Cuáles son los jamones que gozan de fama universal? —y antes de que pudieran responderle, prosiguió—: El jamón de York… de York. York, volando sobre los Estados Unidos, es la solución: Los artrexitas han ocupado la ciudad de New York.

—Su deducción es muy plausible, mayor Trombidge —respondió Beneski después de breve meditación—; nos cercioraremos de ello y luego lo pondremos en conocimiento de los generales. Presiento que con el sacrificio de Boris Chovenko se ha iniciado el ocaso de esa raza invasora.

Capítulo XII

LA casualidad, pese a que por algunos eruditos ha sido definida, no sin razón, como el dios de los tontos, en aquella ocasión pareció una baza importante en la partida que el destino parecía jugar. Simultáneamente, en dos ciudades lejanas entre sí se estaban celebrando reuniones para tratar del mismo tema: se forjaban planes para un futuro inmediato, pero con miras totalmente opuestas las de un grupo con respecto al otro.

Verkhoyansk.

Después de haber dejado en manos del mariscal europeo Forrester el mando de las bases limares y tras haber sido informados personalmente por el mayor Brown de todos los acontecimientos ocurridos y que no fueron radiados para evitar que los artrexitas también pudieran tener conocimiento de los mismos, los generales Lane y Zurvanoff habían decidido regresar a la Tierra para dirigir directamente la gran y definitiva operación.

En el amplio salón que el desaparecido Gawicko habilitara como despacho presidencial, el general Lane tenía la palabra.

—Comandante Beneski, señor Ogacki, mayor Brown, mayor Trombidge, ¿quieren tomar asiento, por favor?

Los nombrados no se hicieron repetir la indicación del general a excepción de Ted que, todavía de pie, indicó:

—Perdone, señor. Pero yo no pertenezco al ejército. En el cumplimiento del servicio militar no pasé de simple soldado. Seguramente lo ha inducido a error el hecho de que, por poseer la cualidad de ser antitérmico uso unas prendas del mayor Brown.

Quiero hacerle esta aclaración por si considera oportuno que me retire de esta reunión.

—Señor Trombidge —replicó de inmediato Zurvanoff—, estamos al corriente de su personalidad y de sus actuaciones. En la situación actual, formular lentos expedientes administrativos para la concesión de protocolarias condecoraciones o ascensos está totalmente fuera de lugar. Usted fue el primero en matar en la Tierra a dos de los hombres rojos; acto seguido, destruyó a una de sus poderosas naves espaciales; por los análisis de sangre que realizó de aquellos seres a los que había dado muerte tuvimos ya la certeza de que no eran humanos; a usted debemos el conocimiento de que los artrexitas están al corriente de todas nuestras transmisiones; usted tuvo la idea de que la tripulación del sumergible V 14 constatara los efectos destructores del fenómeno térmico en los Estados Unidos y de que vieran la existencia de sus perfectas cosmonaves; usted, al desarmar al teniente Cozakia, salvó la vida al comandante Beneski, sin cuya colaboración no se podría realizar la tan ansiada ofensiva para librar a nuestro planeta de la raza que lo exterminó; usted también fue quien tuvo el presentimiento de que el capitán Chovenko, antes de ser derribado, había comunicado de manera velada su importante descubrimiento y además descifró el enigma comprobado posteriormente por el V 7. Por todo ello, mayor Ted Trombidge, le ruego que asista a esta conferencia.

—Gracias, general.

—No me las dé, mayor —respondió Zurvanoff confirmándole la recompensa a la que Ted se hiciera acreedor.

Nuevamente fue el general quien tomó la iniciativa.

—Comandante Beneski, ¿dónde calcula que se encontrarán los submarinos?

—De acuerdo con el mayor Brown, por si pudiera ser de interés para ustedes el ganar tiempo; me trasladé al puerto francés de El Havre, donde está anclado el V 14 e indiqué a las quince unidades que están en el Atlántico de que se aproximaran a la costa americana, concretamente a New York, navegando siempre a la máxima profundidad y a la menor velocidad posible a fin de evitar que pudieran ser detectados desde el aire por el sistema de rayos infrarrojos debido al cambio de temperatura producido en el agua

por el empleo de reactores.

Después se levantó, se acercó a un gran planisferio extendido sobre la mesa del despacho, hizo unos cálculos y, trazando una línea con el índice, indicó:

—Aproximadamente estarán navegando a esta altura.

—Perfecto, Beneski, perfecto —aprobó el general Lane.

Luego se dirigió a Ogacki para preguntarle:

—La falta de técnicos ¿no hará fallar el lanzamiento de los cohetes?

—En absoluto, general. Ya cuidé que no ocurriera así. En el momento en que lo desee serán disparados seis proyectiles T-16 de dirección prefijada. Si no son interceptados, puedo asegurarle que caerán exactamente sobre New York —y con una amarga sonrisa, añadió—: No olvide que, antes de ser deportado, estaba considerado como uno de los mejores científicos de la U.R.S.S.

—Ha llegado el momento de iniciar el supremo esfuerzo. Para evitar confusiones, prescindiremos de los cambios horarios existentes por las distintas situaciones geográficas y dentro de cuatro días a esta misma hora, ocho cuarenta y dos, se producirá el gran bombardeo. ¿Alguna objeción?

El unánime silencio fue la contestación a la pregunta formulada por el general Lane.

—Brown, prepare la cosmonave. Excepto Ogacki, que ha de cuidar de la misión que tiene encomendada, los demás partiremos hacia El Havre para embarcar en el V 14… y que Dios nos ayude a conseguir el triunfo.

—Así sea —musitó Zurvanoff en aquel supremo instante.

* * *

New York.

La que, antes del aniquilamiento, había sido sala de juntas del Consejo de Administración de una de las mayores cadenas bancarias de los Estados Unidos estaba ocupada en tu totalidad. Catorce individuos de roja epidermis estaban sentados alrededor de una gran mesa circular con la mirada puesta en otro que, estrafalariamente vestido con una cota de reluciente malla que recordaba a las usadas por los legendarios caballeros de la Edad Media, de pie y dándoles la espalda miraba por el espacioso

ventanal a la gran ciudad que parecía extenderse a sus pies. Tras una prolongada contemplación, se volvió de cara a los reunidos y con paso lento fue a ocupar el único asiento que permanecía vacío.

—Vamos a empezar la primera, reunión gubernamental que se celebra en «Nuevo Artrex» —dijo el singular individuo después de haber tomado asiento y observado detenidamente a cada uno de los asistentes—. Todos vosotros sabéis que hace dos días llegamos los últimos habitantes de nuestro antiguo planeta y, por tanto, se ha iniciado otra Era de nuestro historia. Yo fui el último en abandonar nuestro mundo con la confianza puesta en vosotros para que realizarais la ocupación y planificación de nuestros nuevos territorios… pero, desgraciadamente, he comprobado que habéis cometido multitud de errores.

Todos los asistentes guardaron silencio esperando las próximas palabras que intuían serían de reprobación.

—Guad —continuó a los pocos instantes—, tú eres quien más ha cometido y de mayor gravedad.

—Procuré cumplir tus instrucciones, Soberano —contestó el aludido.

—A mi llegada no debía existir el menor peligro por parte de los humanos.

—No lo existe. Puedes estar tranquilo.

—¿Cómo puedes asegurarlo, mientras haya tantos humanos con vida y dispuestos a la lucha?

—Los tengo perfectamente localizados.

—Pero no inactivos —replicó con severidad el Soberano—. ¿He de recordarte las pérdidas que nos han ocasionado debido a tu necedad?

Y como Guad, el humanoide de verdes ropajes a quien sus congéneres llamaban ministro, no replicara, el humanoide de la cota de malla prosiguió:

—¿Por qué no aniquilaste a los habitantes del satélite como primera medida de ocupación?

—El satélite no tiene atmósfera y no podían esparcirse los cristales de oipepmitia, como se hizo en el planeta, para que causaran el aumento del poder calorífico de los rayos del sol.

—Nuestras naves podían haberlos atacado empleando los rayos blancos.

—Los hombres de la Luna cuentan con sistemas defensivos y no lo hice para evitar posibles bajas.

—¿Y qué conseguiste? Yo te lo diré: Que una de sus rudimentarias astronaves destruyera a tres de las nuestras. Una de ellas era de transporte y en la misma se trasladaba a todos los habitantes de la ciudad de Blagon. ¿Quieres que te recuerde la cifra de los que perecieron? ¿Compensan tales desastres a las hipotéticas pérdidas que hubiéramos experimentado, si hubieras ordenado atacar por sorpresa al satélite?

En esta ocasión, Guad, cabizbajo, no se atrevió a contestar.

—Jogo —se dirigió el Soberano a otro hombre rojo que lo miró temeroso—, ¿por qué concentraste en una sola ciudad a toda la población de Artrex?

—Creí que estos eran tus deseos.

—Únicamente en el caso de que no corriera ningún riesgo la supervivencia de nuestro pueblo.

—La ciudad está constantemente vigilada por treinta cosmonaves en vuelo de la serie «cazador».

—Lo cual te confirma la existencia de un peligro remoto. En realidad, tampoco tú has obrado prudentemente, Jogo.

—Han transcurrido ya doscientos ocho días desde que ocupamos el planeta y nada ha ocurrido.

—Te engañas, Jogo. La última nave de los humanos fue derribada precisamente por las que tienen encomendada la vigilancia de la ciudad. ¿Lo ignorabas?

—No, Soberano.

—¿Entonces? —preguntó con mayor brusquedad.

—Ello contribuyó a aumentar mi creencia en nuestra fuerza y seguridad.

—¡Eres un estúpido, Jogo!

—Te ruego perdones mis errores, Soberano.

—No debía de reconveniros a vosotros porque la culpa inicial ha partido de mí… al haber confiado en vuestra capacidad. Y vosotros, los demás, ¿no celebrabais las correspondientes reuniones? ¿No visteis que Guad y Jogo no obraban sabiamente? ¡Aún tenéis menos inteligencia que los antiguos pobladores de «Nuevo Artrex»!

Los ojos, por naturaleza, enrojecidos del artrexita al mirar a los asistentes mientras los recriminaba, parecían aún haber aumentado

de intensidad. Después de un breve silencio, gritó:

—¡Guad!

—Sí, Soberano —se apresuró a contestar el llamado con extrema docilidad.

—Voy a darte una última oportunidad para que enmiendes tus pasadas equivocaciones. Prepara los proyectos para una exterminación total de los humanos y dentro de cinco días, en la próxima reunión, me los presentarás. Por tu bien, te recomiendo que agudices la inteligencia. Podéis retiraros.

* * *

La tranquilidad de las profundidades del océano se vio turbada por unos monstruos de metal que, emergiendo de las entrañas de otros muchos mayores, lo atravesaban velozmente hasta salir a la superficie, para continuar luego volando raudos hacia la lejana ciudad. Pero aquellos proyectiles no iban a poder cumplir con el cometido para el cual fueron fabricados, puesto que, de pronto, las treinta naves espaciales que permanecían estáticas sobre la gran urbe entraron en rápido movimiento y de las mismas partieron unos rayos de blancura deslumbrante que les cortaron la trayectoria haciéndolos estallar en el aire. A partir de aquel momento, sobre el cielo azul de la vasta ciudad se produjeron unas escenas tan terroríficas que ni siquiera podían compararse con las dantescas del infierno. Explosiones, llamaradas, grandes columnas de humo negruzco… Nuevos cohetes disparados sin cesar desde el vientre de los quince submarinos, repetidas explosiones, astronaves que caían a minúsculos pedazos al ser alcanzadas… Todo en una vorágine horripilante, que llegó al máximo cuando seis bombas de tritio T-68, como si se hubieran fundido en una sola, hicieron explosión, alzándose una nube, en la forma característica de hongo, como jamás en la dilatada historia del armamento nuclear llegara a poderse contemplar.

De la que fue populosa New York, antes y después de la ocupación de la Tierra por una raza extraterrestre, no quedaría el menor vestigio.

En contados segundos, los aniquiladores artrexitas habían sido exterminados totalmente de la faz de La Tierra. Los legítimos poseedores del planeta se habían alzado con la vitoria final.

Epílogo

LA naturaleza, dotada de los más recónditos recursos, siete años después de haber sido aparentemente destruida hasta sus raíces más profundas, había, resurgido con toda pujanza, como un reto a aquella raza desconocida de seres rojos que un día, ya muy lejano, pretendió arrasarla.

En la primavera del año 1989, las reverdecidas ramas de los árboles ayudaban con su lozanía al aumento de la plácida hermosura multicolor del exuberante jardín de la gran mansión campestre cuya puerta principal estaba abierta, como si se estuviera aguardando al hombre y la mujer que se dirigían con presuroso paso hacia la misma.

Tras franquear la entrada, los visitantes, conocedores a no dudar de los hábitos de los moradores, subieron las escaleras que conducían a la planta primera donde estaban ubicados los dormitorios.

Al ruido de sus pasos caminando por el ancho corredor, asomó en el dintel de una de las habitaciones un angustiado rostro de mujer y exclamó:

—¡Dunia, date prisa! Angelita tiene mucha temperatura.

A la doctora no le fue preciso efectuar un largo reconocimiento a la pequeña paciente de tres años para diagnosticar la enfermedad:

—Ya sé la dolencia que aquejará dentro de unos días a nuestro hijo, Ted —dijo a su acompañante.

Y, como los dos hombres que estaban en la habitación continuaban mirándola ansiosos, puntualizó:

—No se preocupe, Waltreig, ni tú tampoco, Roan. La nena no tiene más que un vulgar sarampión.

FIN